

Atenea



~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: J. S. BARNES: *Bases del Facismo* □

MARIANO LATORRE: *El último cucurucho* □ CHAR-

LE DIEHL: *La vida y el alma venecianas* □ MARCELLE

AUCLAIR: *Le dialogue éternel* □ DANIEL DE LA

VEGA: *Los Huéspedes* □ FEDERICO GANA: *Manchas de color*

□ FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ: *Rabindranath Tagore* □

LUIS D. CRUZ OCAMPO: *Un Juez Rural* Pedro Prado

□ Hombres, Ideas y Libros: JOSÉ

VASCONCELOS: *Una biblioteca y una sala de ban-*

deras de la América Latina □ E. M.: *Iglesia y*

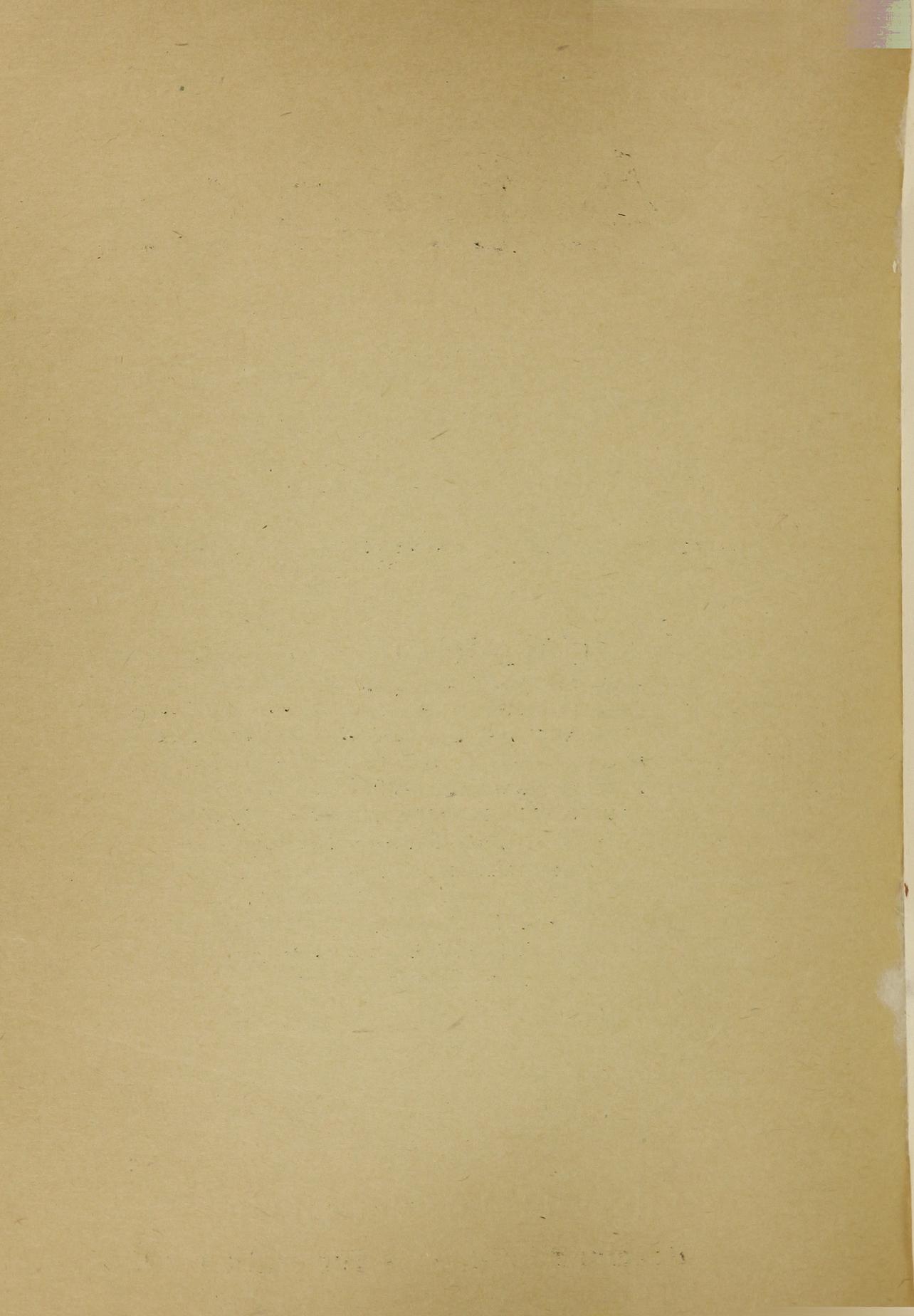
Estado por Roberto Peragallo □ GILBER-

TO BOSQUES: *La Escuela de Rabin-*

dranath Tagore □ *Libros Nuevos*

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ ~ Diciembre 1924



Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

DICIEMBRE DE 1924

NÚM. 9

J. S. Barnes

Bases del Facismo



PARA darnos cuenta clara de la actual situación de Italia, es conveniente distinguir el facismo, partido político, que tiene señalada una misión con fines inmediatos definidos, del facismo entendido como movimiento revolucionario y que representa un cierto orden de ideas.

El facismo, partido político tuvo la suerte de encontrar,—en el momento psicológico,—un jefe de extraordinaria energía y actividad política. Los facistas llegaron a restaurar en Italia la autoridad y eficiencia del gobierno y a contrarrestar las fuerzas anti-nacionalistas que obraban en el país, representadas por el socialismo, la democracia cristiana y la masonería, que se habían desarrollado libremente a la sombra de gobiernos anteriores. Estas fuerzas arrancan su inspiración de un ideal internacionalista, en oposición al nacionalismo o imperialismo. El socialismo, v. gr., predica la solidaridad de los intereses de la clase proletaria, desentendiéndose del interés nacional, y se funda en una concepción materialista del universo.

La democracia cristiana reproduce, con un matiz de cristianismo, las concepciones ideológicas del radicalismo del siglo XIX, y considera a la religión, nó como una suprema autoridad nacional, que trata de armonizar los intereses nacionales con el verdadero derecho, sino como un lazo internacional que une a los cristianos de todos los países en una alianza que se sobrepone a sus obligaciones con sus patrias respectivas. A pesar de que el punto de partida de los demócratas cristianos es diverso, a pesar de que repudian la guerra de clases, su programa práctico difiere levemente del de los socialistas moderados. Por fin, la masonería es una organización internacional.

El común denominador de estos tres grupos es el internacionalismo.

que el facismo es esencialmente nacionalista. Es así como, alrededor del facismo, se han congregado todas las fuerzas nacionales de Italia, sean liberales, conservadoras o católicas. El facismo ha descompaginado los antiguos sistemas de partidos en Italia. La mayoría de los sindicalistas, por ejemplo, o han estrechado sus filas, o se han convertido al facismo, abandonando su alianza con los socialistas; porque el sindicalismo no es incompatible con el nacionalismo y no excluye la idea de cooperación de clases. El partido popular católico se ha dividido, y, así, tenemos, de una parte, los nacionales católicos, que solidarizan con el facismo, y de otra, los restantes, que se adhieren a los principios de la democracia cristiana.

El facismo, considerado como movimiento revolucionario que representa un determinado orden de ideas, sobrepasa enteramente en importancia al facismo partido político, como al presente está constituido. Propiamente hablando, a este movimiento revolucionario no deberíamos llamarlo facismo. Ya apuntaba en la conciencia, allá por los años que precedieron inmediatamente a la guerra. Tiene su verdadera base en el movimiento del Renacimiento, y sólo fué retardado por los acontecimientos históricos y por ciertas tendencias prácticas dominantes. Pero, ahora, dentro del partido facista, las ideas revolucionarias han empezado a tomar expresión consciente; y porque esas ideas reflejan el alma misma de la tradición italiana, el partido facista *pari passu* con la consecución de sus fines primeros, se va identificando con ellas y encontrando en ambas su razón de ser y su base popular. Dentro de las filas del partido facista, esas ideas se están elaborando y aclarando. Pero no se puede decir que todos sus prosélitos actualmente las aceptan; hay muchos de los llamados facistas que se han incorporado al partido en la hora de su triunfo por razones de puro oportunismo, y aun hay quienes lo han hecho con propósitos deshonestos. Hay otros, por el contrario, que son genuinamente nacionalistas de sentimientos, pero que no tienen ninguna o muy poca participación en el movimiento.

Pero la verdadera contienda que se libra en Italia no obedece tanto a razones de nacionalismo contra internacionalismo como a la divergencia entre las ideas más antiguas que informan el movimiento facista y las que hasta ahora han inspirado a Italia y a la mayor parte de Europa desde la Revolución Francesa. Si este movimiento triunfa en Italia, traspasará con mucho sus fronteras. Es de mucha actualidad e importancia, por lo tanto su acertada comprensión.

Mucha confusión de ideas ha producido en Italia como en otras partes la necesidad de distinguir entre el «partido facista» y el «movimiento revolucionario facista». Este último lo llamaremos simplemente facismo, aunque más exactamente podríamos llamarlo «romanismo», como lo veremos más adelante. Muchos italianos creían que una vez que las fuerzas nacionalistas o las internacionalistas quedaran acentadas o dispersas, como lo han sido ya, a excepción de las fuerzas internacionales—, una vez que la autoridad y la eficiencia del gobierno quedaran establecidas, una vez que se hubieran efectuado en la Constitución los cambios destinados a eliminar cualquiera posibilidad quedara expuesto a caer de nuevo en los antiguos malos sistemas, el facismo se reduciría a un simple partido político, diferenciando de los demás partidos nacionalistas sólo en los puntos específicos de

su programa. Pero esas personas han debido desilucionarse. Los dirigentes facistas, ahora más que nunca, insisten en que lo que han hecho, están y continuarán haciendo, es llevar a cabo una revolución.

¿Cuál es el significado exacto de esta afirmación? Esto significa que los facistas se proponen cimentar el Estado sobre cierto orden de ideas fundamentalmente diferente del que dominara hasta aquí. Significa que aquellos italianos que se mostraran disconformes con las ideas facistas serán considerados como rebeldes, tal como los anti-nacionalistas lo están siendo ya por la mayoría de los italianos. Significa que el carácter revolucionario del facismo no cesará, no podrá cesar, hasta que todo el país se pueda considerar convertido, y alejado todo peligro de reacción, hasta que la doctrina facista haya encontrado plena expresión en la Constitución y hasta que la vida política de la nación se desarrolle enteramente dentro de los moldes facistas, de tal modo que, aunque los partidos políticos futuros puedan diferir en sus distintos programas, estén, sin embargo, acordes en sus ideas fundamentales.

Podemos esclarecer este último punto con un ejemplo de la historia de Italia. La revolución que llevó a efecto la unidad italiana fué dirigida, como casi todas las revoluciones, por una minoría activa, y contó con el apoyo tácito de la gran masa,—podemos decir, consecuentemente, que interpretaba la voluntad popular,—contra la oposición activa de los contrarios a la idea de la unidad. Formaban entre estos últimos: los católicos, o más bien dicho, clericales, alarmados por las consecuencias que la unidad de Italia tendría para la Iglesia Católica, que perdería con ella su poder temporal; los conservadores, temerosos de que la unidad italiana pudiera significar el triunfo de las ideas de la Revolución Francesa; y una multitud de gente cuyos intereses resultarían perjudicados con el cambio. Tan pronto como la revolución hubo triunfado, los opositores a la unidad, derrotados por la fuerza, se encontraron ante esta alternativa: o se sometían ante la evidencia de los hechos consumados, o quedaban al margen de la vida del Estado; porque, mientras ellos repudiaran los principios fundamentales sobre los que todo gobierno de Italia unida debía en adelante descansar, no tendrían ninguna participación en ningún gobierno de Italia.

De la misma manera, hoy, todos los partidos nacionalistas están de acuerdo en que aquellos italianos que permanecen adictos a una o a otra forma de internacionalismo político se hallan tan al margen de la vida nacional como jamás lo estuvieron los que rechazaron la unidad italiana. Son tolerados tanto como es posible tolerarlos. Pero el facismo va más allá. No son solamente los internacionalistas los que están siendo presionados, sino todos los desafectos a ciertas ideas aparte del nacionalismo. Es ésa la batalla en que Mussolini figura como un gran *leader* revolucionario. Pero la jornada decisiva no se ha librado aún; asistimos todavía a los preliminares estratégicos de la maniobra. Las fuerzas de la oposición no han tomado sus posiciones definitivas. Los elementos nacionalistas, que no se allanan a aceptar todas las ideas del facismo, se encuentran frente a un difícil dilema; si ellos retiran su apoyo al partido facista, quedan a merced de sus enemigos por principio, los internacionalistas; de manera que se ven reducidos a

permanecer a la expectativa de los acontecimientos. Niegan hechos de claridad meridiana, como que el fascismo es, a todas luces, revolucionario, y se están engañando a sí mismos, (fenómeno psicológico bien común frente a acontecimientos desagradables), con la idea de que el fascismo ha terminado ya su obra y que la vida de Italia reasumirá dentro de poco su aspecto normal de antes de la guerra y antes del peligro bolchevique de post-guerra. Es curioso que esta misma actitud se refleje en la prensa extranjera, talvez por la misma razón. «El deseo es el padre del pensamiento», y en Europa, el triunfo de la reacción contra las ideas políticas dominantes, es desagradable para mucha gente, no tanto porque las ideas nuevas sean rotundamente inaceptables, sino porque, siendo nuevas y en contraposición con los actuales modos de pensar, son desconcertantes.

Las últimas elecciones en Italia han afirmado enormemente el poder de Mussolini. Los resultados fueron los de un verdadero plebiscito en su favor. Hasta entonces había tenido que luchar en cada momento por mantener la unidad de su partido frente al Parlamento, que estaba siempre listo para aprovecharse del menor indicio de división dentro de las filas fascistas. Por eso, mientras existía el Parlamento anterior, Mussolini concentraba su atención principalmente en mantener erguida la bandera nacionalista que levantara el fascismo, en afirmar la autoridad y eficiencia del gobierno y en despachar una cantidad de reformas urgentemente reclamadas y referentes a todas las ramas de la Administración. Aquel Parlamento, en atención a la sólida base del gobierno en el país, y al hecho de estar la fuerza armada en manos de Mussolini, decidió acordar al Ejecutivo amplios poderes para llevar a cabo estas reformas. Fuera del deseo de Mussolini de no apelar al veredicto popular antes de haber demostrado prácticamente la eficiencia de su gobierno, no había ya necesidad inmediata de nuevas elecciones. Pero, consumada la primera fase de la revolución, llegó la hora de avanzar un nuevo paso; el fascismo necesitaba purificarse, eliminando a sus miembros indisciplinados, a aquéllos que se habían enrolado con falsas pretensiones o que fueran incapaces de comulgar con todas las ideas fundamentales del fascismo. El primero de estos objetivos ya lo puede alcanzar Mussolini, porque es tan incontrastable su poder en el nuevo Parlamento, que puede permitirse castigar o alejar de su servicio a todo fascista que no se someta a una estricta disciplina. El segundo lo podrá llevar a efecto gradualmente durante los cinco años venideros, porque la gran mayoría actual, que está compuesta de otros elementos además del partido fascista, le da una oportunidad y una libertad excepcionales para educar y uniformar la opinión pública en el credo doctrinario que él desea ver triunfante en toda la Península. Mussolini mira estos cinco años, no sólo como un período consagrado a una ardua labor de reformas, sino como una era de preparación y educación en que las doctrinas del fascismo han de aclararse y definirse. Al cabo de ellos, estará en situación de llamar al pueblo a un nuevo veredicto y de dar por terminada la revolución, si es que se la puede llamar terminada al dejar asentadas las bases definitivas. Expondremos a continuación las ideas fundamentales sobre que se basa este movimiento.

«La Nación no es solamente la suma total de los individuos que en ella

«viven; mucho menos podrá ser el instrumento de los partidos: es un organismo que comprende la serie ilimitada de las generaciones, de que los individuos no son más que elementos transitorios; es la síntesis suprema de los valores espirituales y materiales de la *raza*. El Estado es la encarnación legal de la Nación. Las instituciones políticas son eficientes en la medida en que los valores nacionales encuentran en ellas expresión y protección». Estas declaraciones, hechas por Mussolini en la primera reunión de los diputados facistas elegidos en 1921, son demasiado abstractas para constituir por sí solas la base de una doctrina del Estado, porque su aplicación depende de la interpretación que se dé a los *valores nacionales*. Esta es, sin embargo, una clave para la mentalidad facista, y no es raro que desde 1921 la teoría más concreta del Estado, la que está actualmente en evolución dentro de las filas facistas, se haya ido aproximando más y más a la concepción tradicional latina, interrumpida en su evolución por la nueva mentalidad surgida a raíz del Renacimiento.

La tradición latina gravita alrededor de un Estado universal y una Iglesia universal. El primer principio del facismo es que el Estado existe, no por motivos tan leves como la protección de la sociedad contra la disgregación o para el mantenimiento de las leyes y el orden, ni para fines tan vagos como *el bienestar general* o *la mayor felicidad del mayor número*, sino que para servir y difundir un determinado acervo de ideas universalmente aplicables en todas las naciones y a todas las clases. La acusación que el partido popular hace al facismo de que pretende deificar al Estado, carece de fundamento. Al contrario, da al Estado un ideal universal, colocando sobre él una ley moral a la que tiene que servir en su calidad de organización temporal.

No es fácil definir ese ideal, pero puede explicarse como una resurrección, una readaptación a los ideales medioevales; mejor aún, se le puede identificar con el «Romanismo», que en la Edad Media ya se había fundido con el catolicismo. Un ejemplo ilustrará este concepto. El facismo concibe la soberanía como mandato divino. En los tiempos que corren, esa soberanía debe ser ejercida por el Estado, es decir, por el Gobierno, siendo el más perfecto que se concibe una jerarquía de la autoridad con ancha base popular, sobre todo entre los fieles, tanto por razones morales como de conveniencia. Pero la autoridad, delegada por Dios, cesa automáticamente de serlo cuando y donde deja de servir su causa. Al pueblo le asiste, por consiguiente, un derecho teórico de rebeldía cuando el Gobierno cesa de cumplir su deber; y el Gobierno está en el derecho de ejercitar la coerción cuando y donde los individuos se muestren desafectos o incapaces de practicar el ideal moral, que es obligación del Estado mantener. Así, la libertad no es un derecho abstracto, sino un medio para concentrar alrededor del Estado todas las fuerzas vitales de la Nación. El grado de libertad susceptible de concederse depende, pues, de las circunstancias, las que variarán de acuerdo con la educación, el sentido de la responsabilidad de los ciudadanos y el grado de seguridad en que se encuentren el Estado y las ideas que sustenta. El voto no es un símbolo de la ciudadanía libre, sino un mecanismo destinado a proporcionarse un gobierno de probada eficiencia.

Según las palabras de Mussolini: «Los sistemas representativos responden a una necesidad de mecanismo más que de moral». El gobierno, que es un arte, debería ser ejercido por una aristocracia. La democracia, en el sentido exacto de la palabra, es un sistema poco razonable de gobierno, aplicable sólo en condiciones muy señaladas. «La palabra *soberano*, aplicada a la muchedumbre, es una burla sangrienta»; y nadie puede decir dónde empieza lo que llamamos el pueblo, ni dónde termina.

Sin embargo, el Gobierno,—siendo el Estado representante temporal de Dios,—debe tener en la sociedad, en conjunto, su mayor preocupación. La aristocracia no debe constituirse por la atención exclusiva de sus intereses, como un Estado dentro del Estado. Sus deberes, tanto como sus derechos, son universales. De ahí que la República, en relación con la dinastía, sea la forma ideal de gobierno. Sus relaciones con los demás Estados se rigen también por la ley moral. Esta es la verdadera tradición latina o romana. Si no se ha observado en todas sus partes, es por razones accidentales de conveniencia.

En el gobierno de la Iglesia Católica está puesto en práctica este sistema ideal de gobierno. Es una sociedad perfecta. Todos y cada uno de los oficios se hallan expeditos para todos los que demuestren estar en posesión de las condiciones requeridas; y así, dentro de la Iglesia Católica, se ofrece la oportunidad de llegar a ser autoridad a todos los individuos, sin distingos de clases ni de origen. Los diferentes oficios exigen diferentes condiciones, ya sea habilidad, ya conocimiento o experiencia en alguna materia determinada, santidad, modales refinados, un conocimiento práctico del mundo, etc.; pero ninguna condición particular constituye un pasaporte para todos los oficios. Esta organización es una jerarquía. Culmina en una autoridad suprema, pero está basada enteramente en la masa de los fieles; se puede comparar con una pirámide, comparación favorita de Mussolini. Pero, más que a una pirámide, se asemeja a una gran catedral que culmina en la cúpula, tan sólidamente basada como la pirámide, pero mucho más diversificada en rasgos menores de arquitectura, cúpulas secundarias, pináculos o torres que representan, en el Gobierno de la Iglesia, sus muchas y variadas organizaciones autónomas, v. gr., las grandes órdenes religiosas.

Las instituciones representativas, que fueron inventadas por los monasterios de la Edad Media, son utilizadas cuando y donde pueden rendir buenos resultados. La democracia se limita, donde llega a usarse, a los asuntos de la parroquia. La *Vox Populi*, que a menudo es en la práctica *Vox Dei*, tiene el derecho de ser oída. La autoridad tiene el deber de mantenerse en contacto con la opinión y de procurarse los medios que le permitan oírla. El Papa concede diariamente audiencias y recibe peticiones de personas de toda condición, informes de todos los lugares y está tan al corriente de los acontecimientos como el que más.

Es parte del credo facista que la *Vox Populi* debe más bien estar reflejada en un solo individuo, a salvo de las luchas partidaristas, que no en una asamblea que representa solamente la suma de las tendencias divergentes y donde las

ambiciones personales juegan un papel tan apreciable en la formación de la opinión.

La revolución facista, consecuentemente, no quedará terminada hasta que los principios que informan el gobierno de la Iglesia Católica hayan encontrado expresión concreta en las instituciones del Estado de Italia y, por su intermedio, se haya creado una nueva clase gobernante. Cualquiera tentativa de reacción antes que estos fines hayan sido firmemente cimentados, será, si es necesario, sometida por la fuerza, pero donde los métodos constitucionales basten, de ellos se hará uso. Mussolini no es un doctrinario; no cree en la improvisación de una Constitución nueva. El cree más bien que se debe construir sobre los viejos cimientos, adaptando las antiguas instituciones a las ideas nuevas.

Si tales reformas constitucionales son necesarias, se llegará a ellas, modificando los planos originales en el sentido que nos aconseje la experiencia. Tal es su propósito. De acuerdo con él, no se puede predecir con exactitud lo que será la Constitución dentro de cinco años o diez años.

Mussolini no se propone disolver la Cámara de Diputados. Esa Asamblea, dice, tiene importantes funciones que llenar, aunque en la experiencia parezca que su utilidad real ha cesado. Es un órgano de la opinión pública; es una escala del talento político; es un medio para que la crítica pueda aplicarse a los proyectos de legislación; es un medio de defensa contra los abusos de poder de las autoridades; y así, viene a ser propiamente una garantía de la Constitución. Se le puede encomendar la función de fiscalizador en el gobierno del Estado; pero no tiene el derecho de reclamar para sí toda la soberanía, ni menos lo tiene de paralizar el gobierno responsable establecido. La ley Acerbo fué el primer paso encaminado a hacer de la Cámara de Diputados un cuerpo más serio. Permite que el partido que cuente con mayor número de votos en todo el país (siempre que obtenga como *mínimum* el 25% del total de votos emitidos) tenga los dos tercios de la representación. Esta medida es garantía de gobierno estable durante un período de legislatura que asciende a cinco años. Así se destierra la rotación de los partidos que caracterizó a las Cámaras anteriores—donde era materialmente imposible para cualquier partido formar una mayoría efectiva,—y se da una base a la crítica seria. Por lo demás, todos los otros partidos están representados proporcionalmente en el tercio restante de la Cámara. Hay un comité encargado de hacer observar las reglas en el debate; esto, sin duda, provocará un nuevo avance. Después, es posible que se reduzca el número de diputados en las próximas elecciones y podremos esperar que se establezca la práctica de que los debates de toda la Cámara que terminen con un voto de confianza, sólo tengan lugar al tratarse de la política general de un ministro o en casos de excepcional importancia.

Una innovación más importante todavía en la Constitución, que se espera de este período legislativo, se refiere al movimiento de la Unión Comercial Nacional Facista. Este movimiento, que ya cuenta arriba de dos y medio millones de adherentes, rehusa la lucha de clases y reúne a los obreros y empresarios en corporaciones destinadas a cooperar en beneficio de la empresa. Los dirigen-

tes de estas instituciones están a punto de constituirse en legisladores en las materias de su incumbencia, y es probable que sus representantes se incorporen al Senado, que más que nunca quedaría convertido en la casa de los expertos. Aun más, las prerrogativas que al Rey confiere la Constitución es probable que sean duplicadas y con ello, su posición dentro de la Constitución se revestirá la mayor importancia. De tal modo que cualesquiera que sean los cambios que veamos en el período que se inicia, la balanza de los poderes será modificada. Posteriores medidas de transformación se adaptarán, nó las del sistema federal que propician las regiones, que es desechado por el facismo como elemento de desunión, sino en el sentido de garantizar, lo más ampliamente posible, la autonomía local a las grandes ciudades históricas y a los municipios (municipia) que son asiento de las arquidiócesis; lo que está de acuerdo con el sistema romano de gobierno y en perfecta armonía con las tradiciones regionales mantenidas a través de los siglos.

De nada sirve, sin embargo, especular acerca de las posibles medidas que adaptará el facismo para armonizar el país y la Constitución con los principios generales; es inútil, por ejemplo, divagar sobre la duración de la dinastía de Saboya. El facismo, como hemos visto, a pesar de los acontecimientos, sigue la huella de Roma, fundamentalmente republicana. Sin embargo, Mussolini, que, con un claro sentido de la actualidad, como verdadero estadista, en atención al tiempo y a las circunstancias, a menudo se desentiende de su lógica, ha aceptado la casa de Saboya como un elemento necesario al actual estado de cosas, contribuyendo a la estabilidad y unidad del país; y ha comprobado que Italia posee, en el Rey Víctor Manuel, un monarca dotado de las cualidades intelectuales que se requieren para ejercer las funciones políticas que el facismo desea encomendar al jefe del Estado en el presente momento de transición. La suerte de la casa de Saboya está, pues, en sus propias manos.

Las relaciones de Italia con el Vaticano están destinadas también a sufrir transformaciones; pero sería ocioso tratar de inquirir cuándo y en qué sentido. Es sabido que Italia desea ver a la Iglesia libre en el ejercicio de sus actividades espirituales y querría disipar cualquier sospecha de que el Papa sea o pueda ser un prisionero dentro del Estado de Italia; sólo así puede el Papa ejercer el máximo de su influencia en el mundo, y sólo así puede Italia cooperar con el Papado sin dañar la causa a que debe ir unida. Mussolini ha declarado que, para ser buenos italianos, deben ser buenos católicos. En orden a conseguir este fin, él ha restaurado en las escuelas la enseñanza de la religión, ha aumentado los sueldos del clero y, prácticamente, lo ha dejado exento del servicio militar; ha restituido la religión a un lugar de honor en las funciones del Estado. En ésta y otras formas ha fortificado la posición del catolicismo en el país y ha confirmado el hecho de que la católica es la religión oficial del Estado. Medidas más extensas están en estudio, que darán sus frutos muy a tiempo para las relaciones entre el Quirinal y el Vaticano.

Entre tanto, se puede pronosticar la imposibilidad de un divorcio entre el facismo y el catolicismo. Y esto, no tanto por la dificultad en que se encontraría

un gobierno italiano que marchara en desacuerdo con la mayoría de los italianos, que son católicos, como porque la antigua tradición latina no concibe a Dios como verdadero soberano de otra manera que en la forma amplia en que la Iglesia lo concibe. El catolicismo debe ser, pues, condición *sine qua non* del Estado Facista, a pesar de que, es interesante notar, ningún facista admitiría que la Iglesia se mezclara como autoridad independiente en el poder temporal por delegación divina del Estado.

Tomado en su conjunto, todo esto no viene a ser más que un revivir de la idea del Sagrado Imperio Romano como una teoría de Estado.

Hemos tratado de presentar la situación actual de Italia en una forma tal que el lector comprenda que es éste el movimiento de una fuerza dinámica que se abre camino, desenvolviéndose y adaptándose a las modernas condiciones; nó un fenómeno que se ha operado y va quedando estático. Pero tenemos ya la clave de la situación, y será difícil citar ejemplos como éste: no es mera coincidencia el hecho de que encontramos todas las doctrinas facistas del Estado ligadas a los tratados sociológicos de los teólogos católicos. Las teorías católicas de la propiedad privada, de la libertad, de la persecución, de la relación entre los deberes y los derechos de los individuos con los de la comunidad y del Estado en relación con otros Estados, son adoptadas en todas sus partes por el facismo. La lógica, la casuística, que es la ciencia de lo bueno y de lo malo aplicada a las acciones, el realismo tanto como el idealismo de Mussolini, son del mismo modo el reflejo de la mentalidad del escolástico Santo Tomás y del jesuíta Suárez, tanto como de Maquiavelo, que se educó en la vieja tradición y que fué favorablemente comentado por Mussolini en su tesis para optar al grado que había de conferirle la Universidad de Bolonia. Otro ejemplo tenemos en la actitud de Mussolini frente a la Liga de las Naciones, a la cual desaprueba,—en la forma como está actualmente organizada,—porque su punto de mira parece ser más la paz que la justicia, y, sobre todo, más que la justicia católica.

En fin, el facismo se puede explicar como el resurgimiento del espíritu latino en contraposición con el espíritu de la Europa del Norte, de las ideas católicas en contraposición con las ideas de la Reforma y de la Revolución Francesa, de la mentalidad antigua contra la moderna, que es producto de la Reforma y del Renacimiento prematuros. La idea del Sagrado Imperio Romano surgió en una época en que la vieja Europa estaba en ruinas dentro de un Estado ya decrepito. El resurgimiento de esta idea se ha venido a operar hoy, que la Europa presenta otra vez todo el aspecto de un caos; pero esta vez, dentro de un Estado lleno de energía y cohesión. El rejuvenecimiento de Italia empezó con la conciencia de su vitalidad. La segunda etapa se debió a la conciencia de que, cualquiera que fuera la suerte que esperaba a Italia, la primera necesidad que se imponía era la unificación. El precio que hubo de pagarse por esta unidad fué un eclipse transitorio de la tradición pura, aunque se ven reflejos de ella en los escritos de Manzoni, Gioberti, Rosmini, Oriani y otros, Pero muchos italianos han seguido las huellas de la Revolución Francesa, el realismo anti-religioso, doctrinas ideológicas democráticas concepción abstracta de la libertad. Porque el Papado como poder temporal se

interponía en el camino de la unidad italiana; porque el liberalismo y la democracia eran fuerzas que minaban la autoridad de los actuales gobernantes del país, cuyos intereses se oponían a la unidad, es por lo que pudieron triunfar momentáneamente en Italia las ideas susodichas, en oposición a la tradición, que es popular más bien que demócrata y realista en su concepto de la libertad. Sin embargo, cuando el tiempo empezó a mitigar las esperanzas del conflicto con Roma, cuando se vió en la democracia y el liberalismo una fuerza desintegradora conducente a resultados opuestos a los que persiguiera en realidad la Revolución Francesa, como el de desterrar los privilegios de clases, la verdadera tradición italiana empezó de nuevo a tomar sus posiciones, e inmediatamente se apoderó de las conciencias cuando se hubo conseguido un justo desarrollo económico y la seguridad nacional se hizo efectiva por el hundimiento del Imperio de Austria.

Tal es el facismo. Reconoce que lo más íntimo y profundo en la vida de una nación descansa en la religión; y pretende hacer de la Iglesia una República de los Fiecos, un Sagrado Imperio, destinado a reunir en su seno, con el correr del tiempo, a todos los hombres. No hay nada de extravagante en la resurrección de esta idea, si se la considera, como se la mira en Italia misma, como un mero proyecto imperialista de una nación joven y naturalmente destinada a expandirse gradualmente.

Roma no se construyó en un día: «Chi va piano, va sano; o chi va sano, va lontano». Un imperio es el resultado de infinita paciencia y constancia ejercida dentro de numerosas generaciones; a aquéllos cuya concepción del imperio no es sólo la de la fuerza, sino la de la propaganda de un ideal, pueden hacer uso de la paciencia. Además, si la idea que informa este proyecto de imperio, realmente corresponde a una necesidad humana universal, triunfará en un tiempo más o menos lejano, no tanto por la fuerza, como por convicción. Mussolini, con la gran afición de los italianos a dramatizar los hechos en todos sus aspectos, no se confunde fácilmente. Sin abandonar sus ideales, él sabe perfectamente cómo someterlos a la severa realidad de los acontecimientos del momento. Es así como, por ahora, las aspiraciones de expansión de Italia se circunscriben al campo de la economía. Sus pretensiones imperialistas deberán, por mucho tiempo aún, quedar reducidas a un ideal. Pero, entre tanto, ella podrá constituirse en lugar de *rendez-vous* para todos los que comulguen con sus ideales y doctrinas de gobierno. Si estos ideales son justos o nó, no es cosa que vayamos a dilucidar en este artículo; respetemos el derecho que asiste a los lectores de formarse su opinión individual. Todo lo que hemos pretendido es contribuir a esclarecer el verdadero significado del facismo e insistir sobre la necesidad de observar su desarrollo. Bueno o malo, afortunado o desgraciado, constituye una fuerza que hay que tomar en cuenta, porque detrás de ella está una nación fecunda y fuerte, que es digna de llamar la atención del universo.

J. S. BARNES.

El último cucurucho



S el último que yo ví o, por lo menos, el último que recuerdo haber visto en aquella lejana época de mi vida; o mejor: el misterio que envolvía a esos trágicos encapuchados, de fúnebre careta y largo bonete de mago, vestigios de una época que ya se disolvía en el tiempo, se desgarró para siempre aquella tarde de otoño, bajo los corredores de la casa campesina que fué de mis abuelos, en la soledad de un Viernes Santo de principios del siglo. Se produjo en mi alma infantil un patético estupor, al darme cuenta que, bajo la lustrosa choleta y la máscara agujereada a la altura de los ojos, era un hombre cualquiera el que se escondía. No eran los enviados de Dios, indignados por el asesinato del hijo del hombre, los tétricos limosneros ante cuya alcancía bendita se abrían las bolsas y se desataban pañuelos; eran pobres diablos disfrazados que, cómicamente, gritaban una salmodia tradicional cuyo origen se perdía en los oscuros tiempos coloniales.

Recuerdo ese instante de mi niñez como si fuera ayer, tan vivamente se proyecta su imagen en mi memoria: era yo un chico de siete años y vivía en el campo, en casa de mi tío Bernardo; hacía un año que había quedado huérfano; y mi tío, hermano mayor de mi madre, que no tuvo hijos, se había hecho cargo de mí. Mi tío Bernardo era un genuino chileno de principios del siglo diecinueve: alto, fornido, de cuadrados hombros, de nobles rasgos varoniles; una barba rubia, espolvoreada de gris, enmarcaba aquella cabeza típica; a pesar de sus sesenta años era ágil su paso y su mirada de retadora fijeza; el ímpetu del conquistador del cual descendíamos latía en el agua clara de sus ojos severos. Aunque de palabra recia y ademanes impacientes, era de una gran bondad. Tenía el apego de los campesinos a lo cómico, a los chascarros de la tierra salpimentados de gruesa, sal. Se complacía en bromas infantiles que irritaban a mi tía Petronila, una señorona de aldea, espetada y beatísima.

Lo veo aún con su hermoso poncho de vicuña, de flecos tan largos que besaban las puntas de sus recias botas de cuero; o montado en su yegua baya de curva anca partida, atravesar los potreros en las mañanas de verano. Ejemplar de una raza ya desaparecida desgraciadamente, la heredera de los que pelearon el año 10 contra los españoles. Si aquellos hombres se levantasen de sus tumbas,

se imaginarían que sus descendientes, entecos y desmoralizados, son otros invasores a los que habría que combatir y arrojar de nuevo de la tierra.

Mi tío administraba su heredad, la misma encomienda de su antecesor del siglo XVII, a la manera patriarcal; sus inquilinos, hijos de indios y blancos, le querían y le respetaban; no había conflicto entre patrón y labriegos; éstos no se sentían cohibidos en su presencia; salvo uno: el maestro José Morales, el herrero, un viejo iluso que tenía su fragua en un costado del enorme caserón de la hacienda. El maestro era el tipo característico de la mezcla de indio y castellano; del abuelo español no conservaba sino unos ojos grises, desconfiados y tristes; brillaban como barnizados sus pómulos puntiagudos, tan salientes que habían impreso al rostro una cómica mueca de temor; tenía el miedo supersticioso del indio por lo sobrenatural, por lo misterioso; y al trocar, a través del siglo, sus ídolos de madera por el dios de los peninsulares, en nada había cambiado su pintoresco panteísmo de raza primitiva.

Las ánimas le habían hecho revelaciones de entierros que se manifestaban en forma misteriosa; ya era un fraile mercedario que se aparecía bajo la copa de un maitén, o lucejillas que se perseguían a media noche en las cercanías de la capillita de Calleuque, media derruida ya y en cuyas podridas vigas colgaban las golondrinas, en la primavera, sus nidos bulliciosos.

Mi tío intervino en el noctámbulo ensueño del herrero al aparecer cierto día una excavación profunda, al pie del maitén, que dejaba al descubierto las viejas raíces del árbol. En un principio bromeó con él; rióse de sus consejas e ilusiones; pero al advertir la convicción profunda del campesino, la fe de poseído que iluminaba sus ojillos grises y daba calor a su relato, yo vi que una chispa de codicia prendió en la franca claridad de sus pupilas; creía, como todos, en estas revelaciones de ultratumba; eran enormes tinajones llenos hasta la boca de relucientes onzas o arcones que, enterrados bajo el piso de la capilla, contenían valiosos copones de oro y pedrerías de iglesia. Su tono cambió, entonces; cuchichearon ambos animadamente y esa tarde mi tío acompañó al herrero hasta el camino. Poco tiempo después eran enemigos, sin que yo me diese cuenta de la causa.

El maestro no se alejó, sin embargo, del fundo; pero mi tío no desperdiciaba ocasión para zaherirlo, aunque fuese sólo por unas herraduras que no se habían colocado con la prisa que él exigía. ¿Talvez el maestro se negó a darle participación en los tesoros que le habían de enriquecer y él esperaba, por estar los entierros en su propiedad, que alguna vez se decidiese?

Yo le oí a la Verónica, la vieja cocinera de la casa, una versión más exacta:

—El maestro José no puee participarle naa, porque el patrón Bernardo lo hace por coicia... El es rico. La coicia corrió el entierro y cambió el oro en canillas de ave... en pieiras de río.

Nunca mi tío habló con nadie en la casa de esos fabulosos hallazgos. ni parecía creer en ellos; al contrario, burlábase de la ingenuidad de los huasos; y mi tía que, como buena chilena, no dudaba un punto de la existencia de esos

entierros, sobre los cuales se mataba al indio esclavo que había cavado el hoyo, para que no se divulgase el secreto, mirábalo con asombro; se alejaba indignada a rezar para que el descubrimiento de su marido, teñido ya de siútico pipiolismo, no atrajese la cólera de Dios sobre la casa.

Al atardecer, el maestro José solía atravesar el patio hacia el camino, bajos los ojos, sin mirar nunca a los corredores, donde siempre se veía la alta silueta del hacendado envuelta en su poncho de vicuña; mi tío seguía hasta que doblaba la reja con una sonrisa irónica. No hubo desde entonces más excavaciones al pie del maitén del mercedario, como empezaron a llamarlo en el campo. El herrero debió recibir nuevas revelaciones que esta vez no salieron a luz, ni volaron por los ranchos. ¡Aquellas buenas ánimas, talvez las de los indios muertos sobre los arcones o tinajas, avisaban al hombre elegido hacia donde había corrido el entierro la codicia del patrón!

Nada ocurrió en aquella escondida tierra, que bajas colinas encerraban, hasta la tarde de oro de la Semana Santa que nunca olvidaré.

El oro rojizo del otoño había patinado los campos; en el aire quieto pesaba el sopor de las tierras cansadas, el sabroso aroma de lo que ya ha madurado y se deshace lentamente para volver a la tierra de donde nació; de la pequeña bodega, de podrido tejado, cerca de la casa, llegaba un olor azucarado de mostos nuevos, de ásperas fermentaciones; las cañas rotas de un maizal, ya cosechado, semejaban cruces sin aspas de un cementerio de aldea y en el crepúsculo declinante, la alameda que, en recta perspectiva se perdía en la llanura, era como una hoguera de altas llamas de oro que se extinguiese lentamente; los tordos y jilgueros, en bandadas bulliciosas, no se apartaban de los despojos de la viña.

El campo estaba desierto; todo el inquilinaje, con sus ponchos pintorescos y sus violentos bonetes rojos los hombres y las mujeres envueltas en sus rebozos de castilla, desfiló hacia la aldea desde el Lunes por la mañana, a las ceremonias de Semana Santa; era aquel un verdadero día de luto, como si realmente detrás de alguna colina se crucificase a Cristo y se temiese la represalia de Dios. Interrumpíanse por completo las labores rústicas; frente a la casa brillaba, a los rayos del sol, la reja de un arado, sobre el surco del barbecho interrumpido el Sábado en la tarde; y un buey rojizo, de largas astas torcidas, en la soledad de un rastrojo, entre las cañas amarillas, tenía en su inmovilidad un matiz de idílica melancolía.

Caía la tarde; el lomo lejano de las cordilleras, impreso en un cielo desleído de otoño, refulgía como una brasa viva. En el viejo banco, pegado a la pared desde tiempo inmemorial, estábamos mi tío y yo. Durante el día entero y los anteriores no me había apartado de su lado; lo seguía como un perrito a todas partes. Los misteriosos cofrades del Santo Sepulcro que dibujaban en el camino su espantable silueta, con el crucifijo enorme coronado por un velón de cera y el sonajeo de sus alcancías llenas de reales y cuartillos; su fantástico grito de alma en pena: Para el Santo entierro de Cristo y Soledad de María, que hacía aullar a los perros y ocultarse a los muchachos tras las basquiñas de sus madres, habían sumido mi alma infantil en un horror angustioso. ¡Ridículo perso-

naje de épocas lejanas en que yo corporizaba las ánimas vagabundas, el arrastre de cadenas en las casas embrujadas y las candelillas de los cementerios de que hablaban las consejas de nuestra cocinera! Mi tío era otra cosa: era el único que miraba risueñamente el bonete puntiagudo y la careta terrorífica; pues los campesinos, apenas oían su grito lúnebre cerca de sus ranchos, en los que penetraban sin llamar, santiguábanse devotamente y sus dedos comenzaban a desenvolver precipitadamente el policromo pañuelo; y en la alcancía abollada iban cayendo los reales y cuartillos de tosco sello de la época. Mi tío divertíase a veces con mi terror; reíase, cuando mis manecitas se aferraban a los flecos de su poncho y su mirada azul dejaba caer su bondad protectora desde lo alto de su cabeza canosa. A un descuido mío, escondíase tras un árbol y me dejaba solo en medio del campo. Cuando veía dibujarse en mi cara la mueca de un puchero, aparecía repentinamente y mirándome de reojo, sonreía al ver deshacerse como en una fuente límpida, las arrugas del llanto. Ponía su mano sobre mi cabeza y decía:

—Hay que ser valiente, amigazo.

Me cogía cariñosamente de la mano y avanzábamos hacia la casa. Nunca olvidaré el calor de esta manaza áspera de agricultor que suavemente encerraba en su tibio seno mi manecita inocente: era un fluído misterioso el que se trasvasaba a mi sangre, reconfortante como un añejo vino de la tierra; quizá la voz de la raza que venía a despertar en mi pecho infantil, a través de los siglos, el ansia de acometer altas empresas.

Hacia largo rato que mi tío no hablaba; chupaba con fruición su cigarrillo de hoja de maíz que había preparado poco antes cuidadosamente; oíase el rezongo monótono de los rezos de la servidumbre en el oratorio; una ráfaga de aire trajo trinos entrecortados de pájaros y arrastre rumoroso de hojas secas en la alameda. Cerca del corredor dormitaban los cuatro enormes perros de mi tío, que tenían fama de bravos en el campo; perros deformes, de anchas cabezas y colores indefinibles, de raza inclasificable como los inquilinos de la región; y como éstos, agresivos y mal humorados. De pronto, los perros gruñeron; uno, cuyo ojo derecho rodeaba un círculo blanquecino, el «Malacara», mostró su hocico armado de agudos colmillos amarillentos y corrió hacia el camino; los demás lo siguieron. Sólo ahora me doy cuenta de que este movimiento instintivo de los perros se reflejó también en los ojos de mi tío; también él se puso de pie y avanzó hacia el patio. Sin embargo, nada se veía aun. Súbitamente el terror paralizó mis movimientos; mis manos crispadas se aferraron al poncho de mi tío. Montado en un caballejo mulato de lacio bello y ancas puntiagudas, caminaba hacia el corredor un cucurucho de bonete desmesurado y enlutada careta; apoyaba la alcancía en el borrén de su avío y en su mano derecha un tosco crucifijo color de madera parecía la rama de un árbol seco. Avanzaba lentamente, seguro de su predominio sobre la devota gente de los campos. Los perros ladraban enfurecidos, pero sin acercarse mucho.

Entonces se produjo el desastre. Mi tío lanzó un grito metálico, primitivo, que tenía de ladrido furioso y de voz humana; sus labios se torcieron y una llama feroz apareció en sus ojos; era un alarido de combate, huella ancestral que

reaparecía en esos momentos. Los perros, enardecidos con la voz de su amo, se lanzaron sobre el cucurucho, cuando éste, seguro de su poder, lanzaba su grito agorero: Para el Santo entierro de Cristo y Soledad de María.

Luego, no ví sino perros que se pegaban furiosos a las patas del caballo, trozos de cholefa negra que volaban por el aire, el galope del caballo espantado, abierta la cola como la cresta de un papagayo y el brazo del jinete que manejaba el crucifijo, a modo de palo; vi desprenderse el cucurucho del tronco del hombre; y la cabeza oscura de un huaso se reveló a mis ojos. Mi terror murió para siempre. Se produjo en mi ánimo un cómico estupor, semejante al que experimenté una tarde al ver, bajo las sofanas del señor Cura que bajaba de una carreta, unos pantalones de huaso idénticos a los de mi tío.

Mi tía y las sirvientas aparecieron en la puerta del corredor; el espanto inmovilizaba sus caras oscuras. Los perros volvían, relamiéndose el hocico; uno de ellos traía un trozo de cholefa entre los dientes; se acercaron a nosotros con un no sé qué satisfecha vanidad en el meneo de su cola; y parecieron avergonzados cuando mi tía los alejó con gritos coléricos; luego, furiosa, se encaró con mi tío.

—Hombre hereje, pipiolo descreído no más. Faltarle el respeto a la religión el día que velan el señor! ¡Qué desgracia caerá sobre esta casa excomulgada!

Mi tío respondió bromeando, con ese tono de huaso socarrón que empleaba en las cosas que no tenían importancia:

—No fuí yo, ña Petra, fueron los perros; no pude sujetar a estos leones. mire... Se fueron di hacha....

Mi tía replicó con más cólera aún:

—Pero si te ví que los animastes. ¡Como si no te conociera!, pero mi tío cortó brutalmente su imprecación con un grito ronco, que me recordó el alarido de poco antes; el grito omnipotente del amo:

—Tu no has oído nada... ¿Entiendes? ándate pa tu pieza.

Y la viejecita, santiguándose, inclinó la cabeza y se retiró hacia el pasadizo seguida de los sirvientas, que atemorizados, se atropellaban en la puerta.

Mi tío se sentó entonces en el viejo banco de roble; y yo a su lado. No hablaba; pero sobre el oro gris de sus barbas, la sonrisa parecía revolotear como una mariposilla loca y obstinada.

La casa se anegaba poco a poco en las olas de sombra gris que venían de todos los rincones del campo. Los viejos pilares del corredor blanqueaban en la penumbra, rígidos, espectrales, con no sé qué tristeza indefinible; había en ellos un cansancio resignado que siempre me hizo meditar con angustia; me recordaba a los inquilinos que, sin moverse nunca de sus ranchos de paja y barro, soporaban sobre sus espaldas la esclavitud de un trabajo de siglos; aquel viejo techo, por entre cuyos aleros brotaban murciélagos semejantes a puñados de sombra deshecha, dejaba caer sobre ellos todo el peso de sus maderas. Un criado colgó un candil frente a nosotros; informes masas de sombras parecieron huir hacia el campo apenas la llama comenzó a lamer la noche con temblorosos brochazos,

En mi cerebro clavábase como una obsesión el deseo de ir en busca del cucurucho que había visto rodar del camino, desde la cabeza del huaso.

En ese instante un hombre se acercó hasta el filo del corredor.

—Patrón, dijo, ei lo buscan d'ionde el sudelegado...

Mi tío respondió tranquilamente:

—Dile que pase...

A los pocos segundos apareció un soldado, uno de esos soldados de policía rural, medio campesino, medio militar, cuyas espuelas tintineaban a cada uno de sus pasos.

—É parte e on Salustio que vaya allirito p'al juzgado, con el niño que estaba en el corredor...

—¿Qué es?, preguntó mi tío con el tono del que nada tiene que reprocharse.

—No sé, on Bernardo, contestó el hombre con desgano, parece que se han querellado... Evitaba respetuosamente el nombre del rico hacendado.

Replicó mi tío con agrio encono:

—¿Y no pudo dejarlo para mañana ese... mi compadre?, y agregó arrepentido. Dile que ya voy.

En medio de su protestas se ponía el sombrero y pedía el mío a grandes voces coléricas; nos encontramos, de pronto, en el camino, bajo la noche otoñal, hacia la vivienda del subdelegado, a una legua del fundo. Los grillos llenaban la fresca noche con su chirrido áspero, oliente a humedad, a tierra mojada; una lechuza lanzó desde la masa negra de un árbol su silbido en sordina. Mi tío avanzaba a largas zancadas, visiblemente preocupado. Cuando su compadre lo molestaba, era de seguro por algo grave.

A pesar de su entereza, su manaza oscura, del color de la buena tierra, de largos dedos torpes, que recordaban las patas entumidas de las arañas de los cerros en invierno, tenía un ligero temblor. Yo debía correr para ponerme a su lado. Se detuvo en la mitad del camino:

—Estás cansado, mocosillo?, habló cariñoso.

—No, tata, le contesté, que por este nombre familiar le llamaba a menudo.

Llegamos frente a la casa del subdelegado de la comuna: era un caserón idéntico al nuestro, pero más reducido; tenía esa afinidad de las viviendas campesinas, esa fisonomía austera de corredores que las hace parecerse como los rasgos de los huasos.

Montones de papas rojizas, de la última cosecha, llegaban hasta la viguetería, gris de telarañas, cargadas de tierra; en el patio, unos labriegos quemaban la paja de los porotos cosechados; y el rojo chispeo de las llamas, en medio de la noche, tenía no sé qué dulce reconfortamiento. El soldado que fué a buscarnos había llegado ya; y él mismo nos guiaba hacia la oficinita del juzgado rural, en el otro extremo del corredor. Jamás he olvidado aquel rincón frío, de sueltos ladrillos, con la viguetería desnuda, decorada por las telarañas; las sillas de paja, pegadas a la pared; y un brasero donde hervía una tetera con suave murmullo. La luz humosa de un chonchón, con su llama redonda terminada en una aguda

lámina oscura, hacía bailar las caras de los que se habían reunido allí, una noche de Viernes Santo, por un motivo oscuramente trágico que me llenaba de torturador presentimiento. ¿Qué intentarían contra mi tío? Su manaza áspera no se desprendía de la mía, *del niño que estaba en el corredor*, que había adquirido repentinamente una personalidad inusitada.

Mi tío saludó, con su voz de pausado timbre, ligeramente socarrona;

—Muy buenas noches, señor compadre!

—Buenas noches, contestó éste, sin moverse de su sillón de brazos y sin invitarnos a tomar asiento. Era un hombre flaco, de mejillas hundidas y larga nariz picuda; una barba raquílica, medio gris, salía sin fuerza de su mandíbulas; su voz era ronca, mandona, antipática:

—Este hombre lo acusa de desacato a la religión, de herejía...

Nuestros ojos y los del soldado que permanecía en la puerta, se dirigieron instintivamente hacia el rincón sombrío del cuarto, que nos señaló, de un modo vago, la mirada del Juez; allí había un hombre sentado, en actitud abatida; no se le veía el rostro, porque la llama dejaba el ángulo envuelto en tinieblas; pero una ráfaga de aire alargó la lengüecilla del candil; y con asombro reconocí al maestro herrero que no veía desde el comienzo de la Semana Santa; sus hombros estaban envueltos con los restos de la sotana de los cofrades del Santo Sepulcro; en su mano brillaba aún el paño agujereado de la careta. Una resignación de vencido, de perro apaleado encogía su figura. Con grandes precauciones, para no encontrarme con la mirada de mi tío, empecé a girar mi cabeza hacia él: su noble rostro no se conmovía; una gran serenidad, una hidalga entereza lo hacía casi duro; sólo que... alrededor de las barbas, yo únicamente, por el sortilegio del cariño, advertía la sonrisita socarrona, movable como una mariposilla loca y obstinada.

Resonó la voz ronca del Juez:

—Este hombre lo acusa de abuso de confianza, y dice que le tiene ley por lo de los entierros; y le animó los perros de pura mala intención, rompiéndole el traje bendecido en la iglesia... Yo lo voy a mandar con parte al juzgado, (su voz se hizo enérgica), por este desacato... si no se arreglan las partes de otro modo... (su voz se apaciguó).

Los ojos húmedos del maestro herrero se atrevieron ahora a levantarse, deprimidos por triste abatimiento.

Mi tío habló serenamente:

—¿Cómo podía conocerlo, estando vestido de cucurucho? Yo no le animé los perros; se asustaron estos figres cuando vieron el capirote negro. A cualquiera se la doy, señor...

Había en su voz un matiz irónico, apenas perceptible; pero no era bastante a ahogar el sollozo que se incubaba en mi pecho que, como una impaciente burbuja de aire, quería salir a la superficie a toda costa.

El juez me interrogó:

—Tú estabas en el corredor... ¿es cierto todo esto?

La mano de mi tío me dió oportunamente un ligero apretón de alerta:

—Sí, balbuceé débilmente...

—Entonces Ud. se allana a pagar los daños?, preguntó, el compadre, conciliadoramente.

—No deseo otra cosa, contestó mi tío Bernardo con el fonillo burlón que esta vez me pareció la misma sonrisa que se hacía palabra articulada.

El juez se dirigió al maestro herrero. El soldado, que se apoyaba en el marco de la puerta, se enderezó con un suspiro de alivio.

—¿Cuánto pedís?

Lacónicamente, con voz opaca, murmuró, especificando, el maestro:

—El cucurucho, 7 1/2; el traje, 8 reales.

Y todos miramos a mi tío que, con un gesto de gran señor, levantaba pausadamente una punta de su pesado poncho de vicuña; y de la bolsa de cuero donde se llevaban las monedas en aquella época, semejante a una escarcela medioeval, extraía una brillante onza que tintineó argentinamente al dejarla caer en la mesa de roble; hipnóticamente se fijaron en el reluciente disco de oro los ojos del cucurucho; talvez pasaban por su imaginación de iluso, tinajones repletos de onzas que la codicia de los patrones cambió en huesos de aves y en canillas de indios.

Sin despedirse, sin esperar el resto de la onza, mi tío tiró de mi mano y salimos a la carretera.

La hoguera consumíase en el patio, la sombra húmeda ahogaba los rojos tizones que habían abandonado los labriegos y en la soledad del camino, la noche campesina dejó oír sus mil voces peculiares: en un charco gargarizó una rana ronca, como un bajo que ensaya por juego las notas más graves de su registro; clarineó un tréguil durante algunos segundos; más tarde, en alas del viento nocturno, llegó el traqueteo de la carraca en la iglesia de la aldea.

Yo me sentía alegre, liviano; mis ideas eran mil alitas diminutas y frágiles que me desprendían de la tierra; mi mano debió llevar esta vibración milagrosa hacia el corazón de mi tío, porque yo notaba la afectuosa presión de la suya; al pasar un esterillo salté tan ágilmente, que mi tío bromeó:

—¿Quiere volar el pajarito?

Tal fué el último cucurucho que yo ví; o por lo menos, el último que recuerdo haber visto en aquella lejana época de mi vida; o quizá: el misterio que envolvía a esos trágicos encapuchados, de lúnebre careta y largo bonete de mago, vestigios de una época que ya se disolvía en el tiempo, se desgarró para siempre en aquella tarde de otoño, bajo los corredores de la casa campesina que fué de mis abuelos, en la soledad de un Viernes Santo de principios del siglo.

La vida y el alma venecianas

La Universidad de Chile, movida de un alto espíritu de renovación, ha ofrecido su cátedra a algunos de los más eminentes profesores europeos. Los cursos y conferencias que ellos han dictado en el aula de la Universidad Central constituyen una de las más elevadas manifestaciones de la cultura moderna en nuestro país.

Hoy, quien ocupa esa tribuna universitaria, invitado por la Universidad y el Gobierno, es el reputado historiador, miembro del Instituto de Francia, profesor de la Sorbona, M. Charles Diehl.

M. Diehl ha estudiado con especialidad esa época de transición, interesantísima para la historia de la cultura humana, que es el fin del Imperio de Oriente y el comienzo de la era renacentista. Sus obras *«Byzance. Grandeur et décadence»*, *«Une République patricienne. Venise»*, son uno de los frutos más excelentes de la moderna escuela histórica francesa.

Como un homenaje al distinguido universitario, y como un ofrecimiento del mayor interés para nuestros lectores, insertamos, en las páginas siguientes, el capítulo central de la última de las obras mencionadas, aun no vertidas a nuestra lengua.

I. Las fiestas de Venecia.—La vida privada y las costumbres.—II. El alma veneciana.—La preocupación por el comercio.—La atención de las cuestiones religiosas.—Venecia y la Iglesia.—El patriotismo veneciano.—Las virtudes del veneciano.—El dux Andrés Dandolo.—La cultura intelectual.



NA ciudad tal como era Venecia en el siglo XV, rica, elegante, apasionada del lujo, el esplendor, el colorido, ofrece un cuadro maravilloso a las fiestas magnificas. Por otra parte, en la ciudad de San Marcos sucedíanse toda clase de solemnidades, civiles y religiosas, políticas y militares, en que se complacían los venecianos, porque aun eran un medio para exaltar la gloria de la ciudad, su orgulloso poderío y el amor profundo de los ciudadanos por la patria.

I

LAS FIESTAS DE VENECIA

Desde muy antiguo, los venecianos practicaban el tiro del arco, «ejercicio muy útil, dice un documento, y de mucho provecho para nuestro país», puesto que mantenía el vigor corporal y formaba una raza robusta para la defensa de la ciudad. Esta vieja costumbre subsistía aún en el siglo XIV. Todos los venecianos, desde los quince hasta los treinta años, estaban inscritos en las compañías de arqueros, y tres veces por año, en San Nicolás de Lido, se celebraban con gran pompa solemnes concursos. A este mismo propósito obedecían las luchas con bastones y los pugilatos, subsistentes hasta el siglo XVIII, y en los cuales, sobre los puentes sin parapeto, enfrentábanse,—con el peligro de ser arrojados al canal,— los jóvenes de los diversos barrios de la ciudad. El mismo culto de la fuerza física manifestábase en los ejercicios de equilibrio y agilidad llamados *Forze d'Ercole*, en las que ingeniosos acróbatas edificaban pirámides humanas, construídas a menudo sobre el apoyo vacilante de un piso de madera sostenido entre dos barcas. Y, por fin, desde los comienzos del siglo XIV, las regatas ocupaban lugar importante en la ciudad de las lagunas, y hacia fines del siglo XV, las mismas mujeres comenzaron a participar en ellas.

Si los canales y la laguna ofrecían un maravilloso campo a la actividad popular, la Piazzetta y la plaza de San Marcos, eran, para las otras fiestas, el más admirable de los teatros. Se ofrecían allí combates de toros, nó a la usanza española, sino que se sostenía a la bestia por una cuerda que se le ataba a las astas y se la hacía atacar por vigorosos perros. Los venecianos se entusiasmaban con estos combates y el mismo dux no desdeñaba venir a admirarlos desde los balcones de su Palacio.

Otros días, eran torneos magníficos, para los cuales la gran plaza se presentaba totalmente decorada de pinturas, escudos y estandartes, toda resplandeciente con el esplendor de las armas, el brillo de los vestidos y la arrogante apostura de los caballos. En la logia edificada bajo los grandes portales de San Marcos, aposentábase el dux con su acompañamiento, y la magnificencia del espectáculo atraía innumerable concurrencia. Petrarca nos ha conservado el suntuoso recuerdo de la fiesta celebrada en 1364, cuando el rey de Chipre, Pedro II, huésped entonces de la República, quebrara magníficamente su lanza; en 1413, con ocasión de ser elegido dux Tomás Mocenigo, el torneo no fué menos hermoso: más de sesenta mil personas asistieron a él.

Eran los venecianos pueblo muy piadoso; por lo menos si hemos de atenernos a las manifestaciones externas de la religión: «Es la ciudad, dice Comynnes, en donde el servicio de Dios se celebra más solemnemente, y si bien pudiera haber allí otras faltas, creo que Dios les otorga su ayuda, por la reverencia con que se dedican al servicio de la Iglesia». Ciertamente, las fiestas religiosas eran en Venecia numerosas y espléndidas. Las festividades en honor

de la Virgen se celebraban con particular pompa, semejantes a las cuatro conmemoraciones de San Marcos, que recordaban la pasión del apóstol, la translación de sus reliquias de Alejandría a Venecia, su aparición maravillosa en el siglo XI y la consagración de la basílica elevada a su gloria. San Esteban y San Juan, San Lorenzo y San Miguel, San Martín y San Nicolás, compartían, después del evangelista, la devoción de los venecianos. El cuadro famoso de Gentile Bellini muestra muy bien la magnificencia de las procesiones que en los días de fiestas desplegaban su cortejo suntuoso en la plaza de San Marcos.

Otras fiestas, aun más características del espíritu veneciano, conmemoraban los triunfos de la República y las más gloriosas jornadas de su historia. El primero de Febrero era la fiesta *delle Marie*, de la cual también Comynnes nos ha conservado el recuerdo, y en que se celebraba el rescate de las novias venecianas raptadas en el siglo X en la Catedral de San Pedro de Castello por los piratas de Istria. Aquel día, doce jóvenes patricias, elegidas entre las más bellas de la ciudad, iban, magníficamente vestidas y coronadas de oro, a la Catedral primero y luego a San Marcos, donde se oficiaba una misa solemne; después, escoltando al dux, recorrían el gran canal y se dirigían a Santa María Formosa, donde se realizaba una nueva ceremonia en honor de los habitantes de esta parroquia, a quienes la tradición atribuía importante participación en la victoria rememorada. Subsistió esta fiesta hasta 1379; las desgracias de la guerra de Chioggia la interrumpieron hacia esta época, y de ella sólo se conservaba hacia fines de la República, la costumbre de que el dux fuera anualmente a recibir de manos del cura de la iglesia los sombreros de paja dorada y el vino de Malvoisie, que le ofrecían los habitantes del barrio de Santa María Formosa.

En el día de la Ascensión celebrábase los triunfos más memorables. Era ésta la fecha en que antiguamente Pedro II Orseolo había abandonado a Venecia para conquistar la Dalmacia; era el día en que, más tarde, según la leyenda, las galeras venecianas habían derrotado la flota de Federico Barbarroja, y en que Alejandro III, como recompensa, había concedido a la República el imperio del Adriático. En memoria de estos grandes acontecimientos, cada año, a partir del siglo XIII, el dux celebraba con gran brillo sus esponsales con el mar. Sobre el *Bucentaure*, en su suntuoso ropaje de púrpura y oro, se dirigía al paso de Lido, y allí, arrojando su anillo de oro a las aguas, pronunciaba la fórmula solemne: «Te desposamos, oh mar, en señal de verdadero y perpetuo dominio». Después cantábase la misa y, en la noche, terminaba la fiesta con un brillante banquete en el Palacio.

El Jueves Santo se festejaba la victoria lograda en el siglo XII sobre el patriarca de Aquilea. Desde entonces, el patriarca enviaba cada año y en aquel día, como un tributo a Venecia, doce enormes panes y doce puercos cebados. Con gran ceremonia, en la plaza de San Marcos, en medio de los fuegos artificiales y de las aclamaciones del pueblo, degollábanse los animales, mientras en el Palacio ducal, el dux y sus consejeros destrozaban con una maza de hierro unos pequeños castillos de madera, símbolo de las fortalezas de Friul.

Igualmente se celebraba el recuerdo de la conquista de Constantinopla y el

día de San Vital, en que había sido aniquilada la sedición de Bajamonte Tiepolo, y el de San Isidoro, cuando fuera condenado Martino Falier. La elección del dux era oportunidad para otras festividades, banquetes, procesiones en la plaza, oficios solemnes en la basilica, entretenimientos populares. Ninguna ocasión dejaba escapar Venecia para exaltar su gloria, su riqueza y su poderío: complacíase, sobre todo, en deslumbrar a los príncipes y a los reyes que en multitud la visitaban en los siglos XIV y XV. Al rey de Chipre, que había venido en 1362, sucedía, en 1367, el emperador Carlos IV; luego, eran los príncipes italianos, los soberanos de Milán, de Mantua, de Ferrara, los archiduques de Austria, los duques de Borgoña, los emperadores de Constantinopla Manuel II (1403) y Juan IV (1437); eran el hijo del rey de Portugal y el hijo del rey de Aragón, el arzobispo de Wéstminster y el duque de Baviera, el emperador Federico III, que vino dos veces (1452 y 1468), y tantos otros más. Para recibir a tales huéspedes, que daban mayor brillo a su gloria, no encontraba la República bastantes esplendores. Todos regresaban deslumbrados por la belleza de los vestidos, la magnificencia de las joyas, el incomparable poder de la ciudad de San Marcos. Venecia, en esta época, era el hospedaje de los reyes.

Por estos años también, otra fiesta, durante algunos meses, tenía a la ciudad en regocijo: era el famoso carnaval de Venecia. Desde el siglo XIII, aparece la costumbre de enmascararse en ciertos días de fiesta. Una ley de 1339 prohíbe los disfraces deshonestos e impide la entrada de los enmascarados a las iglesias y monasterios de mujeres, donde, a favor de los disfraces, se decían y cometían gruesos despropósitos. Pero estas mismas reservas prueban que en ciertos días era permitido el uso de las máscaras. Estas estaban tan generalizadas en el siglo XV, que los fabricantes dedicados a este ramo formaban un grupo separado en la gran corporación de los pintores.

Se ven, en los cuadros en que Carpaccio pintó la leyenda de Santa Ursula, jóvenes elegantes, con estrechas calzas bordadas de plata y oro, con justillos magníficos y largos cabellos flotantes cubiertos de una toca roja: son los compañeros de la *Calza*, flor de la juventud y la elegancia venecianas, cuyas corporaciones, de diversos nombres, tenían en cierto modo el cargo oficial de organizar las fiestas públicas. Cumplían su misión con un arte delicado y fastuoso; realizaban así con un nuevo esplendor el maravilloso cuadro de Venecia; era una nueva forma de contribuir al prestigio y a la gloria de la ciudad.

* * *

LA VIDA PRIVADA Y LAS COSTUMBRES.—Ha de imaginarse que el lujo de los particulares en nada cedía al lujo público. A la magnificencia de los aposentos, en que a veces la decoración de una sola pieza valía, según el testimonio de un viajero, más de once mil ducados de oro, correspondía la riqueza de los tocados femeninos, que hacían a las patricias venecianas comparables a la duquesa de Milán o a la reina de Francia. Sin duda, en tiempos muy remotos, había en Venecia mujeres de espíritu austero y grave, como aquella dogaresa Felicitá Michieli, cuyo epitafio, en el nártex de San Marcos, recuerda que era pia-

dosa y bienhechora, de palabra agraciada, modesta y sin ostentaciones, y que la belleza de su alma se transparentaba en la dulzura de su rostro. Pero, desde el siglo XI, las costumbres habían cambiado. Las patricias de Venecia juzgaban que la ostentación de sus encantos era un homenaje rendido a la nobleza de sus familias y a la gloria de la ciudad. No temían dirigirse al mismo Papa (algunas curiosas súplicas del siglo XV lo atestiguan), a fin de que las autorizara, a pesar de las prohibiciones del patriarca, para llevar sus adornos y pedrerías, «tanto por el honor de sus casas, dice el texto, como por los cuidados de su propia belleza».

En la Venecia de los siglos XIV y XV, la mujer ocupaba lugar prominente; y gran trabajo tenía la ley en refrenar en algo el lujo de sus vestidos y en asegurarle protección suficiente. En esta ciudad rica, elegante y mundana, llena de esclavos de las costumbres ligeras y de innumerables cortesanas, (*omnino sunt necessarie in terra ista*, dice un decreto de 1360), era grande la corrupción y el sentido moral hartó limitado. «Muchas cosas vergonzosas y deshonestas, decía un acuerdo del Gran Consejo en 1315, ocurren en la plaza de San Marcos, bajo el pórtico y en la Iglesia misma». Los más grandes daban el ejemplo, y, a pesar de las severidades de la justicia, con mucha frecuencia encontraban imitadores. Escalamientos de balcones, raptos, violencias, familiaridades públicas y escandalosas, matrimonios irregulares, eran casos ordinarios en la vida veneciana. El amor era un dios poderoso cuyos golpes ni las gentes más graves evitaban: testimonio es la aventura que, con gran escándalo de los contemporáneos, condujo al dux Andrés Dándolo a los pies de la hermosa Isabel Fieschi. Filtros, conjuros mágicos, prácticas de brujería para hacerse amar, eran en Venecia cosas de uso corriente. La ciudad tenía en toda la Italia una reputación demasiado enojosa. Con muy buena voluntad, los poetas cómicos glosaban las complacencias de las mujeres de Venecia, «más ávidas, dice un autor del siglo XIV, de carne fresca que de pan». La ciudad de San Marcos aparecía como un lugar «lleno de emboscadas», como la sentina de todas las riquezas y de todas las corrupciones.

Así pagaba Venecia el precio de su prosperidad económica y del contacto que su comercio le creaba con todas las razas del universo. Tenía, en muchos otros respectos todavía, muy mala reputación. Ya en el siglo XIII, Fra Salim bene escribía acerca de los venecianos: «Son hombres codiciosos, supersticiosos y tenaces, y desearían, si lograrlo pudiesen, subyugar al mundo entero. Tratan duramente a los mercaderes que los visitan, vendiéndoles muy caro lo que éstos desean comprar; perciben, además, sobre las personas mismas y sobre los diversos puntos del territorio, fuertes derechos de peaje». Juan Villani, en el siglo XIV, no los trataba de mejor suerte, llamándolos «una raza pérfida, proveniente de la sangre de Antenor, el que traicionó a Troya, su patria». Boccaccio declaraba a Venecia «asilo de toda perversidad», y le reprochaba su ambición, su orgullo, su tiranía. Ciertamente, otros la juzgaban con más benevolencia, y Petrarca afirmaba que «no había lugar en donde un hombre amigo de la tranquilidad y de la virtud pudiera complacerse más que en esta muy noble Venecia».

En resumen, sus ambiciones económicas y políticas valían a los venecianos, y nó sin razón, críticas muy duras. No obstante, un fondo severo de virtudes cívicas exaltaba el alma veneciana y le daba una belleza singular.

II

EL ALMA VENECIANA

En el mensaje redactado por el Senado en 1374 para señalar al baile de Constantinopla la conducta que debía observar, léese una expresión característica; el embajador, en toda circunstancia, deberá «obrar por el provecho y el honor de Venecia» (*ad proficuum et honorem Veneciarum*). La misma fórmula se halla en el juramento que todo funcionario de la República prestaba antes de tomar posesión de su cargo o mando. Resume muy exactamente el deber señalado a la actividad económica, a la vida política y a la vida de todos los ciudadanos venecianos. Como en un lema, el doble aspecto del alma veneciana aparece en esas pocas palabras: riguroso cuidado de los intereses materiales y de la grandeza política de la ciudad, y, por sobre todo otro propósito, una ardiente y patriótica consagración a su grandeza moral y a su gloria.

LA ATENCIÓN DEL COMERCIO.—En todo veneciano aparece desde luego una atención primordial, esencial: la de los intereses comerciales de la República. Para extender el campo de acción de este comercio, para acrecentar el imperio colonial de la ciudad, para adquirir dinero y crear la riqueza, un veneciano jamás sufrió grandes escrúpulos de conciencia. Poco le importaba, si había algún provecho que esperar, el tráfico con los musulmanes, así fuese en traición de la cristiandad; poco le importaba procurar a los infieles materias prohibidas, o dedicarse a la trata de esclavos, siempre que este comercio le resultara remunerador. Para abrirse nuevos mercados, para cerrarlos a sus competidores, los venecianos desplegaban una energía prodigiosa: todos los medios, brutalidades, violencias, les parecían buenos contra los que pretendían resistirlos.

Un notable ejemplo de la manera como el cuidado de los intereses de Venecia dominaba toda otra consideración en las almas venecianas, aun en las más piadosas, aparece en el libro de Marino Sanudo el viejo, titulado: *Secreta fidelium crucis*. En el siglo XIV, la idea de las cruzadas no había dejado de preocupar al mundo cristiano; los autores de la época esforzábanse en hallar la solución de este difícil problema. La de Sanudo es particularmente digna de atención por el cuidado con que quiere conciliar los intereses de este mundo y los del otro, y, persiguiendo siempre la liberación del Santo Sepulcro, asegurar a Venecia el predominio del comercio de la India y de la China. ¿Qué proponía, en efecto, este veneciano? A sus ojos, el Egipto aparece como el centro viviente del Islam. Conquistarlo por las armas sería, sin duda, el partido más ventajoso para Venecia; pero la empresa es difícil, más bien irrealizable. Por lo menos, se podría arruinar su potencia, desviando hacia otras regiones, la Siria

y la Grecia, el comercio de Oriente, de donde obtiene su riqueza. Sanudo aconseja, para lograr este fin, todo un sistema de derechos prohibitivos y un bloqueo —de carácter netamente napoleónico—, que hace pensar en el bloqueo continental. Es algo significativo y característico ver a un veneciano, gran mercader y hombre de Estado a la vez, resolver por medios puramente económicos el más delicado de los problemas religiosos.

De tal suerte, la atención de los intereses particulares y la energía individual para el comercio, se confunden con el interés superior del Estado y se subordinan a él. Es un carácter que conviene recordar y que se halla en todas las manifestaciones del espíritu veneciano, la subordinación voluntaria de los intereses particulares al servicio y a la grandeza de la República.

LA ATENCIÓN DE LAS CUESTIONES RELIGIOSAS.—Es interesante darse cuenta de cómo en el alma veneciana estos sentimientos se comportan con otros deberes que los hombres de la Edad Media sentían con fuerza singular, los deberes de la piedad y de la religión. Los venecianos, lo sabemos, eran piadosos. Es suficiente, para comprender con qué profundidad dominaba ciertas almas la emoción religiosa, contemplar las adorables y tiernas *madonas* que ha pintado un Giovanni Bellini. Pero su piedad era también de carácter práctico: sentimos siempre en ella, como una oculta idea práctica, el pensamiento de que un capital religioso es, para un Estado, una fuerza, por lo menos tanto como un capital material. Una de las grandes inquietudes de los venecianos fué siempre conquistar reliquias de santos para su ciudad; desde las de San Marcos, hasta tantas otras que obtuvieron o que se apropiaron en el curso de los siglos XII y XIII. Es preciso leer, en los relatos que cuentan la traslación de los cuerpos sagrados, las rogativas llenas de una ingenua habilidad, mediante las cuales pretendían seducir al santo para atraerlo a Venecia. A San Nicolás de Myra dicen devotamente los fieles, en el momento de trasladar sus restos venerados: «Venecia, tu hija, te llama; arde en deseos de verte, santo padre San Nicolás». A San Isidoro se le asegura que encontrará, llegando a la ciudad de las lagunas, la más augusta de las compañías: San Marcos y San Esteban, San Hermágoras y San Nicolás. El autor de la traslación de San Nicolás, felicitando a su patria por haber sabido asegurarse conjuntamente el patronato de San Marcos, defensor en las batallas, y el de San Nicolás, protector en las tempestades, agrega estas frases características: «Tú has conquistado uno de estos Santos, Venecia, por medio de un ingenioso engaño; el otro, por un hermoso golpe de fuerza. Y, sin embargo, no hay en esto ni engaño ni robo, puesto que no es una intención perversa la que ha guiado tus actos, sino el respeto de los Santos y el celo de la Religión». Para un veneciano, el fin justificaba los medios, aun en las cuestiones de la piedad, siempre que este fin fuera el interés y la gloria de la ciudad.

Seguramente, la devoción a las reliquias era algo muy generalizado durante la Edad Media, y no valdría la pena anotarla si no hubiera tomado en Venecia un carácter muy particular. No solamente era una obra piadosa enriquecer a la ciudad con algún santo despojo, sino que el orgullo veneciano se complacía en imitar

que los Santos sentían placer especial al ser trasladados, aun por la violencia, a la ciudad de San Marcos. El relato que en su crónica hace el dux Andrés Dandolo del descubrimiento del cuerpo de San Tarasio, es, a este respecto, muy digno de notarse. En un país de Oriente, durante una estadia, tres marinos venecianos entran en una iglesia; uno de ellos oye una voz: «Saca de aquí este cuerpo santo y llévalo contigo». El hombre ora; después busca, y cerca del altar, advierte un icono de San Tarasio y una estofa adosada al muro, y, detrás de la estofa, descubre una pieza donde las reliquias del Santo aparecen expuestas entre dos lámparas. Pónese entonces al trabajo; quiere separar el cuerpo sagrado, y éste, dice la leyenda, a la sollicitación de la mano del veneciano, parece prestarse como un cuerpo vivo y decir a su raptor: «Llévame; estoy pronto a acompañarte». Los venecianos se llevan consigo la reliquia. En vano los monjes griegos corren tras ellos amenazantes y llorosos: «Hombres crueles, devolvednos nuestro santo padre; no podréis alejaros de aquí si no nos lo restituís». Vana predicción. Las galeras aparejan y, en la tempestad, el navío que conduce el precioso cuerpo «parecía, dice el texto, nadar como un cisne sobre las ondas del mar». Andrés Dandolo, que refiere esta historia, no se siente poco orgulloso, a pesar de los muchos años transcurridos, de que el patrón de la dichosa nave haya sido uno de sus abuelos.

De tal suerte, las cosas de la fe tienen en Venecia por objeto primero servir los intereses del Estado. Las preocupaciones religiosas se confunden y se armonizan tan bien con las inquietudes profanas, que los clérigos se cuentan entre los más ricos negociantes de la República, y, la Iglesia, como la nobleza, se honra trabajando por la grandeza económica de la ciudad. Ciertamente, la piedad veneciana es real y sincera: manifiéstase en la construcción de iglesias, conventos y hospitales, en ceremonias pomposas, en mil fundaciones muy dignas de toda alabanza. Pero es una piedad extraordinariamente razonable, que no da en los excesos del misticismo ni en los de la superstición. Cuando, en el siglo XIV, hacían estragos en el Occidente cristiano las procesiones de disciplinantes, el gobierno de la República las prohibió resueltamente en Venecia, y se refiere que en 1399, un servidor de los Diez, al encontrar uno de esos cortejos prohibidos, no tuvo el menor escrúpulo en arrancar el crucifijo de manos del que lo conducía y en arrojarlo brutalmente por tierra. Lejos de castigarlo, la Señoría desterró a los jefes del movimiento. Análogamente, en 1379, durante la guerra de Chioggia, la República llamó a todos los religiosos a servir bajo las armas como los demás ciudadanos y proscribió a los que rehusaron servirla. Era porque en Venecia el Estado proclamaba audazmente su superioridad sobre la Iglesia y pretendía imponerle su autoridad.

VENECIA Y LA IGLESIA.—Desde los primeros tiempos de la República, el dux intervenía, confirmando la elección, en la designación de patriarca de Grado, y conservó este derecho hasta que, en 1451, fué suprimido el patriarcado de Grado y el título de patriarca atribuído al obispo de Venecia. Asimismo, los obispos del territorio veneciano cuya elección no se verificaba sino después de la autorización del Estado, recibían del dux la investidura de sus cargos; todavía, a partir de 1391, fueron elegidos por el Senado. La supervigilancia del clero secular per-

tenecía al Consejo de los Diez; la del clero regular a partir de 1521, a los *provisores de los monasterios*; y la ley velaba atentamente, reclamando la policía de las instituciones eclesiásticas, a fin de que los intereses del estado no fueran lesionados por las cuestiones religiosas. El Estado se empeñaba en limitar las inmunidades eclesiásticas (el clero estaba sujeto a los mismos impuestos que el resto de los ciudadanos) y el desarrollo de la mano-muerta; sometía al clero, salvo en las causas espirituales, a los mismos tribunales que los laicos; aun más, fiscalizaba las deliberaciones del Tribunal de la Inquisición, a las cuales asistían tres senadores que llevaban el título de *inquisidores para la herejía*; se reservaba el derecho de examinar, antes de ser publicados, las órdenes de la Congregación; trataba de ejercer ante todo, sobre las personas y las cosas de la religión, una autoridad indiscutida en las cuestiones temporales. «El príncipe, declaraba un dux al nuncio pontificio, no reconoce en las cuestiones temporales otro superior que Dios». El Estado excluía de los empleos públicos a todas las personas de la Iglesia y aun a los nobles que gozaban de algún beneficio eclesiástico; y eran tales los temores por la influencia de la Iglesia en los asuntos de la ciudad, que en el Gran Consejo y en el Senado, cuando se discutía alguna cuestión relativa al clero o a las relaciones con Roma, todos los que tenían parientes o afines en las órdenes, todos aquéllos a quienes sus tradiciones de familia señalaban como partidarios paladinos de la Santa Sede, quedaban excluidos por esta fórmula que la ley prescribía: *Fuora Papalisti*. (Fuera los papistas).

Es que, en efecto, a pesar del respeto exterior que Venecia profesaba por el papado, y aunque se enorgulleciera de llevar el nombre de «ciudad apostólica y santa», mantenía siempre, respecto de la Santa Sede, una independencia firme y enérgica. Hemos visto como, en tiempos de Enrique Dandolo, desafiaba a Inocencio III y recibía sin estremecerse las iras pontificales. Más tarde, en los siglos XIV y XV, por cuatro veces fué puesta en entredicho sin que esto provocara su turbación. Si aceptaba sin discusión los cánones del Concilio de Trento en materia de dogma, rehusó siempre las disposiciones disciplinarias que contrariaban las leyes venecianas: en ningún Estado europeo ejercieron menos influencia que en Venecia el clero y el papado. Para defender sus derechos y mantener su independencia, la República no se arredró por entrar en conflicto abierto con Roma, y es preciso constatar que en estas luchas, el gobierno fué sostenido por la casi totalidad del clero veneciano, reconocido a la Señoría por el cuidado con que atendía sus intereses y por la protección que le aseguraba contra la Santa Sede misma. En la ciudad de San Marcos, la Iglesia no cuidaba menos que los ciudadanos de la dignidad y de la grandeza del Estado, y jamás mostró extrañeza por que la República, en sus empresas más santas, considerara ante todo los intereses políticos de la ciudad.

EL PATRIOTISMO VENECIANO.— Todo esto se resuelve, finalmente, en un sentimiento de patriotismo muy elevado y muy fuerte. Desde la infancia, los patricios venecianos comprendían que inevitablemente tendrían un día acceso a los cargos del Estado, y que inevitablemente llegarían a ser sus servidores. Toda la

educación que recibían los preparaba para estas obligaciones futuras; toda su vida estaba consagrada a la gestión de los negocios públicos; y la ley, prohibiéndoles la renuncia de las magistraturas, imponiéndoles la asistencia asidua a los Consejos, era como la garantía de su consagración. Los que no pertenecían a las familias nobles, los ciudadanos a quienes los beneficios de la industria y del comercio, el buen orden y la tranquilidad de la ciudad aseguraban una existencia a menudo afortunada y siempre fácil, no tenían menos estrecha unión con Venecia. En el interior de la ciudad, cada ciudadano se ocupaba igualmente de la salud y grandeza del Estado, no sólo por el halago de las recompensas prometidas a su celo, sino «por el ardor del cariño hacia la patria» (*per zelo de amore per la patria*), como decía aquel veneciano del siglo XV que, habiendo denunciado a un hombre culpable de haber robado algunas joyas del Tesoro, rehusó firmemente toda recompensa por un acto que le parecía natural. En el extranjero, dedicarse incesantemente, gastar su fortuna, su energía, su inteligencia, trabajar constantemente por el interés y la gloria de Venecia,—así fuera, como Marco Polo, abriendo nuevas rutas al comercio, o, como los mercaderes que volvían de los mares levantinos, trayendo algo con que se embelleciera la ciudad, entregarse a acrecentar su poderío, enviándola acerca de todo lo que pudiera interesarla las más seguras informaciones, tal era el cuidado de todo veneciano. Desde 1268, el Senado había ordenado a los embajadores que le enviaran, al regreso de su misión, relatos de conjunto, origen lejano de esas preciosas «relaciones», en que lucen el buen sentido afinado y la agudeza de observación de los diplomáticos venecianos. Para servir a su país, nada ha sido enojoso a los venecianos, ni el espionaje, ni la intriga, ni el asesinato político mismo. Sin duda, es a veces necesario para aceptar algunas de estas obligaciones, un temple de alma duro, interesado y harto desprovisto de escrúpulos: pero hay en esta concepción de los deberes hacia la patria una belleza real por la intención que la inspira y por la abnegación de servir, noblemente aceptada.

Que se observe en todas las categorías, en todas las clases de la sociedad veneciana: en todas partes aparece el mismo sentimiento. Que se recorran los *Anales* de Malipiero, un soldado, los *Diarii* de Sanudo, un alto funcionario, el *Diario* de Priuli, mercader y banquero; una común inspiración penetra su obra; todos escriben para la gloria y el honor de San Marcos, «cuyo nombre, decía un embajador veneciano, cada uno de nosotros lleva grabado en el corazón». Éstos no son sino algunos ejemplos; pero en todo veneciano, cualquiera que sea, una idea domina durante todo el curso de su vida: la República lo es todo y el individuo, nada.

LAS VIRTUDES DEL VENECIANO.—Se preguntará ahora cuáles virtudes esenciales aportaba el veneciano al servicio de su país.

Al bosquejar anteriormente las figuras de un Enrique Dandolo y de un Marco Polo, se han señalado ya algunos de los rasgos más característicos del espíritu veneciano: en uno de ellos, la ambición orgullosa y tenaz, la admirable bravura, el sentido político y la habilidad diplomática más maravillosa aún, la

resolución y la agudeza, la previsión sutil y la iniciativa audaz; en el otro, la energía ingeniosa e infatigable, el sentido de los negocios y el afán de enriquecerse, el espíritu de empresa y el espíritu de observación; en los dos, análoga soberbia de ser originarios de la ciudad de San Marcos, una inteligencia flexible y fuerte para servir sus intereses, igual consagración a la patria veneciana. Los dos muestran un alma celosa de su independencia, muy poco embarazada por los prejuicios y los escrúpulos, una prudencia sagaz servida por una voluntad firme y por un sentido práctico extraordinariamente realista; los dos, sobrios de palabras, gustaron más de actuar que de discurrir. El placer de la acción útil es uno de los resortes del carácter veneciano.

EL DUX ANDRÉS DANDOLO.—Andrés Dandolo, dux desde 1543 hasta 1354, nos ofrece otro tipo igualmente representativo del espíritu veneciano. Descendiente de una de las más ilustres familias del patriciado, muy temprano había desempeñado un papel en la ciudad; desde 1331, ocupó el alto cargo de procurador de San Marcos; doctor de Padua, había sido profesor de Derecho en la Universidad de aquella ciudad, y había llegado a ser tan popular en Venecia—había merecido, por su delicada gracia, el sobrenombre de *Il cortese*—que en 1339, cuando aún no tenía treinta y dos años, se pensó en elegirle dux. Cuatro años más tarde alcanzó la magistratura suprema, en edad no acostumbrada. Pero las eminentes cualidades del hombre justificaban esta excepción sin precedentes. Sabio legista, escritor distinguido, gran patriota, disimulaba su juventud, según dice un cronista, «por la gravedad extraordinaria de sus costumbres y por la práctica de todas las virtudes». Pocos jefes del Estado veneciano tuvo más plena y alta conciencia de sus deberes; él mismo ha escrito en alguna parte que le agradaba más ser útil que mandar (*prodesse quam praesse*). Tuvo siempre una constante inquietud por el bien de sus súbditos y la prosperidad de la República, convencido, como él lo decía, de que «el renombre del soberano se acrecienta tanto más gloriosamente cuanto con mayor atención vela por los intereses de los que gobierna». Aunque muy amigo de la paz, jamás trepidó en emprender las más grandes guerras siempre que el interés de Venecia pareció exigirlo, cuando se trató, en la cruzada de 1345, de combatir a los turcos que amenazaban, de reprimir duramente en 1348 la revuelta de Zara, o de emprender contra Génova una lucha decisiva; y quedaba, se dijo, muerto de dolor por los desastres de la patria.

Andrés Dandolo, además de su papel político, hizo obra de legislador y de historiador. Era un hombre de letras, grande amigo de Petrarca; amaba también las artes, y fué él quien hizo decorar de mosaicos el baptisterio de San Marcos. Pero su actividad intelectual ofrece un carácter particular y significativo: el fin esencialmente práctico que siempre se propuso. Cuando hizo componer las dos compilaciones diplomáticas denominadas *Liber albus* y *Liber blancus*, lo que buscaba, al recopilar los más antiguos tratados suscriptos por los venecianos, era fundar sobre bases sólidas e indiscutibles los derechos y privilegios de la República. Lo que él pretendía, al referir en sus *Anales* la historia de la ciudad, era

principalmente el exaltar su gloria. Su relato, que comienza con el apostolado de San Marcos, conserva minuciosamente y pone de relieve todo lo que puede servir a los intereses y a la grandeza de la patria. Dandolo insiste menudamente sobre los traslados de reliquias que aseguraron a la ciudad de las lagunas tantos santos protectores; insiste sobre los privilegios concedidos a la ciudad de San Marcos y sobre la ceremonia de los desposorios del Adriático, símbolo visible de su poder sobre los mares; señala todas las jornadas gloriosas, las de 1177, las de 1204, que dieron a Venecia el prestigio y el imperio. Su historia, extraordinariamente tendenciosa, tiene, pues, una finalidad del todo práctica: forja las armas para justificar la política de Venecia y para servir sus intereses. Como todos sus conciudadanos, el dux Dandolo, en cada uno de sus actos, no piensa sino en trabajar, según la fórmula citada, por el provecho y el honor de Venecia.

LA CULTURA INTELECTUAL.—Comprueba ésta en los venecianos el deseo de agregar otra gloria, la de las artes y las letras, a todas aquéllas de que se enorgullecía la ciudad de San Marcos.

Los patricios de Venecia, en los siglos XIV y XV, eran gentes esclarecidas, cultivadas, amigas de las letras y de las artes, cuya flexible inteligencia juntaba, a las inquietudes de la política y de la guerra, las nobles preocupaciones del hombre de gusto, del artista y del erudito. Señaladamente y con mucha injusticia, se ha exagerado la ignorancia de los nobles de Venecia y la indiferencia de la República por las cosas del espíritu. Ella prestaba buena acogida a los humanistas, a los griegos que venían entonces del Oriente a buscar asilo en Italia: desde fines del siglo XIV, Manuel Chrysoloras y Demetrio Kidones enseñaban el griego en Venecia; en el siglo XV recibió a Gemisto Pletón y a Jorge Trebizonda, a Filelfo y a Besarión, que, al morir, legó al Estado veneciano sus manuscritos, primer núcleo de la Biblioteca Marciana. Desde comienzos del siglo XV, la Universidad de Padua, reorganizada por Venecia, se desenvolvía magníficamente; y en la ciudad misma, la República mantenía cursos públicos de filosofía y de teología, y un instituto de medicina. Desde 1469, la imprenta fué introducida en Venecia por Juan de Espira y su hermano Wendelino, a quienes se unió en 1470 el francés Nicolás Jenson. De tal manera, Venecia utilizaba los recursos que le ofrecían los países extranjeros para la prosperidad y esplendor de la República.

En fin, el arte daba a la ciudad la más brillante apariencia. La Señoría tanto como los particulares, los ricos patricios como las corporaciones poderosas, los clérigos como los laicos, y, siguiendo su ejemplo, los mismos extranjeros, eslovacos, dálmatas, domiciliados en Venecia, emprendían la construcción de palacios, *scuole*, iglesias, decoradas por los grandes maestros de fines del siglo XV, los dos Bellini y Carpaccio. No eran menos prósperas las industrias artísticas: la orfebrería, la escultura en madera, la cerámica, los tejidos preciosos, terciopelos y brocados de oro, satisfacían magníficamente ese placer del lujo, tan caro a

todos los venecianos, menos por su propia complacencia que por el esplendor que irradiaba sobre la patria.

En la iglesia de San Juan y San Pablo, panteón de la República veneciana, alinéanse, a lo largo de las murallas y contra las paredes del coro, las tumbas, maravilla de arte, en que reposan algunos de los más famosos de los dux de los siglos XIV y XV. El monumento de Miguel Morosini, muerto en 1382, es una de las obras más admirables que el arte gótico haya dejado en Venecia; el monumento de Pedro Mocenigo, muerto en 1476, el que tomó a Escutari y el que anexó a Chipre, del cual declara una orgullosa inscripción haber sido elevado «con los despojos de los enemigos» (*ex hostium manubiis*); el monumento de Andrés Vendramin, muerto en 1478, el más bello talvez de los que se admiran en Venecia. Además, en San Marcos, en Santa María de Frari, otras sepulturas gloriosas recuerdan otros héroes famosos. Y, aún, son las estatuas erigidas sobre las plazas o en el interior de las iglesias, en honor de los generales ilustres, de los condottieri famosos, un Savelli, un Colleone, que habían servido bien a la República. A todos, con liberalidad, Venecia demostró su reconocimiento. Confió a los más grandes artistas, a los Lombardi, los Leopardi, los Rizzo, los Verrocchio, el cuidado de eternizar su memoria. Les dió, en vida, gran participación en el gobierno y en las altas dignidades; muertos, los glorificó en admirables esculturas, porque todos ellos habían sido los artesanos fieles consagrados a su grandeza, porque el mayor cuidado de su vida había sido trabajar «por el provecho y el honor de Venecia».

CHARLES DIEHEL.

Le dialogue éternel

LUI



MON amour lumineux, Amante, t'auréole,
Et, fastueusement, de par ma volonté,
Je te vois, Bien-Aimée, ô ma petite idole,
Parée comme une Icône et lasse de beauté.

Le somptueux collier est lourd á ton cou frère,
Les bracelets, pesants á tes poignets menus,
Et tes bagues, ou l'or aux pierreries s'emmêle,
Font paraître tes doigts plus longs et plus ténus.

Et je tremble, ô ma claire Princesse futile,
Que mon viril amour, si fort et si hautain,
Ne soit plus écrasant á ton âme fragile
Que ces bijoux massifs á ton corps enfantin.

ELLE

Que'importe, Aimé? Je viens, come un enfant bien sage,
Puisque tu l'as voulu, m'asseoir en ta maison,
Et, dans le cercle étroit qu'éclaire ton visage,
Concentrer ma ferveur des lointains horizons.

Au lieu de la saveur amère des voyages,
Mes poumons s'enfleront au vent de ton amour,

Et mon regard, curieux de changeantes images,
Boira dans ton regard tout l'infini des jours.

O Maître Bien Aimé... Ma petite âme en cage
Sera, sous tes doigts surs, l'armonieux roseau
Qui chante, dans l'odeur humide des herbages,
Les rêves infinis du pâtre et du troupeau.

Je serai, mon ami, forte de ton courage;
Tu seras exalté de mon naïf orgueil.
Et nous deviendrons vieux, nous serrant davantage
Pour tenir tous les deux dans le même cercueil.

IVRESSE

(Cache lui ton ennui parce qu'elle est une femme.
Francis Jammes).

Non non... donne-le-moi, ton chagrin rauque, énorme,
Et je le bercerais dans mon cœur apaisant
Jusqu'à ce qu'il s'endorme.

J'aurais voulu, chair de ma chair, sang de mon sang,
Plus que mon Bien-Aimé que tu sois mon enfant.
Voir s'épanouir en toi mon rêve éblouissant
De suprême tendresse.
Te faire grand, génial, plus qu'un Roi, comme un Dieu.
Te faire beau. Te faire bon. Te faire heureux.

Et puis, t'ayant doté avec trop de largesse,
Ayant, dans ta vigueur, mis trop de ma jeunesse,
Trop de ma clarté dans tes yeux,
Mourir de t'avoir engendré... De cette ivresse...

Los Huéspedes

I



VIENEN llegando al mundo los primeros
héroes de una inmensa edad futura.
Bajo sus santos pasos tesoneros,
se hace sonora nuestra tierra oscura.

Yo ya suelo escuchar la cercanía
de sus firmes y vastos corazones.
Y cuando pienso que se acerca el día,
me asaltan bocanadas de canciones.

Yo no sé por qué lado de la vida
asomará su tea explotadora;
ni conozco la seña convenida.
Únicamente sé que ya es la hora.

¡Oh, mirad a los niños! En el modo
con que nos hablan, hay un fuego inquieto.
Estos gorriones ya lo saben todo,
y nos hallan indignos del secreto.

Ya bajaron de las constelaciones.
Con su presencia se afinó la brisa.
Por entre nuestras buenas intenciones,
anda la claridad de su sonrisa.

Vienen llegando. Ya se acerca el día.
Sueña el agua y se doran los cipreses.
Pero nadie adivina todavía
por qué la tarde se prolonga a veces...

Melchor, Gaspar y Baltasar los vieron
antes de que partieran sus camellas.
Y las viejas pirámides sintieron
sus sandalias por entre las estrellas...

Vienen llegando. Puras las miradas;
los rodea el silencio más profundo.
Viven en soledad. No piden nada.
¡Tan sólo vienen a empujar el mundo!

II

Ya vienen llegando. ¿Cómo
ver sus pupilas celestes?
Al través de nuestras lágrimas
claras y ardientes.

Pues ellos rondan en torno
de nuestras desgracias, siempre;
y entran a nuestra amargura
calladamente.

¡Las bellezas del paisaje
son rastros de sus pies leves!
¡Nuestras alegrías, ansias
de conocerles!

En las horas anchurosas
y sin fondo de la muerte,
mudos y tranquilos, todos
están presentes.

En nuestros arranques nobles,
 su palabra fina viene
 como un pétalo en la loca
 agua corriente...

No sé quién será el primero
 que los mire frente a frente,
 y oiga resonar su voz
 de bronce y nieve;

el primero que pronuncie
 sus nombres, y se le llene
 toda la boca de un cálido
 río de mieles,

y los ojos se le caigan,
 y el corazón se le queme
 como un incensario, al pie
 de estos silenciosos huéspedes...

III

Y entren los claros Huéspedes al mundo desolado,
 que aquí les recibimos con santas intenciones.

—Ilumina tus pétalos, rosal ilusionado!

Pájaro del crepúsculo, rompe con tus canciones!

—Oh, Huéspedes, pasad! Salen a recibirlos,
 ardiendo, nuestras siete virtudes capitales.

—Ráfaga montañera, afina tus suspiros!

Jardín de melodía, pon fuego en tus rosales!

—Oh, Huéspedes! El mundo está en penumbra, pero
 todos, con nuestro ensueño, le damos sangre y brío.

—Ahueca tu vellón amoroso, cordero!

Tu pequeños guijarros lame en silencio, río!

—Oh, Huéspedes! Nosotros nada tenemos, nada...
Aun amamos la guerra, el oro y el placer...
—Hombre, oculta la res en la selva lograda!
Arráncate esos aros brilladores, mujer!

—Oh, Huéspedes! Nosotros levantamos las voces
pidiéndole a la altura fuerzas espirituales.
—Barre el oro arrojado a los pies de tus dioses!
Despedaza la pompa que arde en tus catedrales!

Oh, Huéspedes, entrad! Esta obscura morada
nada digno de vuestros claros ojos encierra.
—Oculta en la penumbra la resonante espada!
Empuja lejos nuestro negro carro de guerra!

Empuja lejos nuestro negro carro de guerra,
y levanta en tus brazos al niño con ternura.
Es lo único grande que te queda en la tierra.
Lo único que puedes levantar a la altura!

DANIEL DE LA VEGA.

Manchas de color

DESPUÉS



Te he visto dormir después de nuestro violento abrazo. Estabas seria y triste en la majestuosa inmovilidad del sueño; tu respiración suave como la de un niño en la cuna, tus manos tendidas sobre las sábanas inmóviles y blandas. Parecía, en el silencio, que no fueses a despertar nunca. Y mi amor te rodeaba como los brazos de una madre.

YO TENGO UN ALMA...

Yo tengo un alma negra, perdida, me dijiste un día que logré abrir con mis miradas, sedientas de tu gracia y de tu juventud, el dintel secreto de tu dolor. ¿Qué había tras el frío brillo de tus ojos vagos? ¿Qué misterio de angustia, de ansias no confesadas y jamás satisfechas vibraban en esos rayos de tu mirar, que son para mí como la sonrisa del alba? ¿Es, acaso, el mismo deseo insaciable de ternura y de tristeza que vive en mí, cuando estoy a tu lado y te contemplo? ¿Es que, inconsciente, has comprendido toda la grandiosa belleza del Dios que anida en mi corazón, el que te arrancó esa confesión desgarradora?; y como el humilde creyente, hundiste la cabeza en el polvo de una desesperación sin remedio.

LA CUBA

Enterremos, amigos, este vino recién cosechado, que hace un instante hervía en la cuba inmensa; enterrémosle en la gran botija de barro,

allí, en las entrañas de la tierra profunda, por largos, largos años, hasta que nuestros cabellos hayan palidecido como las hojas cuando llega el otoño. ¡Cuántos de nuestros compañeros alegres de hoy callarán entonces, y sus amores y sus ilusiones que brillaban en sus pupilas sedientas! ¡Cuántos de los brazos vigorosos que enterraron ese vino, estarán débiles y vacilantes!...

Mañana, cuando ese buen vino, ennoblecido por los años, resplandezca en las copas, en nuestros ojos fatigados por el tiempo, no brillarán ya rayos alegres, y el amor se habrá desvanecido...

CONFIDENCIA

Un día que charlábamos a solas, distraídamente, como cuando se habla consigo mismo, exclamé:

«Nó, cuando un hombre se pierde, es imposible que vuelva»; y tú, que, inclinada sobre la costura, cosías en silencio, dijiste muy bajo: «Si es una mujer, es peor: no vuelve atrás nunca, nunca; y más si no se ha perdido por su culpa. Queda una rabia, un dolor, un odio...!»

Alzaste con violencia la enmarañada cabellera rubia, y me miraste con tus fríos ojos de oro, en los que había un destello de crueldad y de dolor, que he solido ver en las pupilas de las fieras enjauladas, ésas que andan mostrando unos hombres a otros hombres, por dinero, para que éstos se diviertan...

ANTE LA SOMBRA

Hay en los cementerios personas cuyo recuerdo no mueve a piedad: Aquéllos que después de soñar mucho, han muerto, sin atreverse jamás a ejecutar nada.

Pero ¿hay algo más triste que el recuerdo de las vírgenes, que duermen bajo los cipreses, sin haber obtenido jamás una mirada de amor? ..

FEDERICO GANA.

Rabindranath Tagore



OS lo dió a conocer el premio Nobel. Mereciendo como pocos el premio de la Literatura, debió recibir con más títulos que nadie el premio de la Paz. Tagore es en nuestro siglo desorientado y convulso, la palabra de paz por excelencia. Apóstol del amor, armonizador como el Kabir de heterogéneos cultos en la unidad del puro ideal religioso, Rabindranath ha mirado en la trinidad del Amor, el Bien y la Belleza la única fuerza positiva. Asciende a la verdad por la escala radiante de la belleza. No es verdadero, no es bueno, no es noble, sino aquello que se vuelve música en sus oídos.

Arpa de Dios, siempre afinada por el amor, sólo se entrega a motivos (ideas o acciones) que al tocar su sensibilidad, resuenan como turbadoras melodías. Cuando el Gandhi llama a la India a la no-cooperación, Tagore contesta: «He tratado todos estos días, aguzando el oído, de descubrir cadencias en esta palabra; pero la idea de la no-cooperación, con su formidable volumen sonoro, su amenaza conglomerada, sus clamores de negación, nada me canta». «Si fuera un canto, dice, mi cítara entonces pudiera aprisionar su melodía y me juntaría al coro, porque soy un cantor; pero como no es más que una disonancia, mi voz se ahoga y mi corazón está abrumado». Esta actitud de honradez suprema consigo mismo, podría interpretarse como pareja de la bella indolencia de Anacreonte cuando confiesa que su lira solamente suena amores y pide a los héroes que para siempre lo dejen en paz. Pero la poesía de Tagore es de tan excelente calidad conceptual que desvanece, abrasándola en su llama, una tal sospecha.

El pensamiento de Tagore — que no hemos leído sistematizado en ninguna de sus obras—se desprende fácilmente de todas ellas.

La unanimidad de las religiones modernas concuerdan en la esencia, en el Ideal. Aspiran a la fraternidad, a la delicadeza, al Amor. Sus cultos son símbolos distintos de la misma verdad intangible: lo que importa es el triunfo del espíritu, de la pureza, de la bondad. Dios, inmóvil perfección, obra sobre el Cosmos, atrayéndolo a sí, imán último: como en una escala más reducida el buen ejemplo puede más en la conducta de un niño que todas las fuerzas exteriores y coercitivas.

El mal y el bien se disputan el Universo: La Luz y la Sombra. El mal es separación, destrucción. El bien es simpatía, amor, unión. El hombre que ama no discute el amor, lo siente como una verdad intuitiva a la que se entrega en luminosa embriaguez, e identificado con Dios, acrecienta la fuerza espiritual del Mundo, el Bien—que es en último término amor, y que en virtud de su propia naturaleza, atrae al propio mal para vencerlo, amándolo.

Belleza, verdad, nobleza, todo es unidad espiritual. «Creo, ha dicho Tagore, que la naturaleza se expresa con más fuerza en una florecilla que en un cañón Maxim». La perfección tiene en sí misma la mayor virtud dinámica— y a través de quebrantos impulsados y dolorosos cataclismos, el mundo marcha hacia ella, cada vez más considerable el caudal de Amor que Budas y Cristos hacen desbordar sobre la tierra. Tarde o temprano lo bello se impondrá. Nuestra vida es menos que un segundo en la evolución del espíritu. Amemos, y como amar es obrar, es la realidad, es lo positivo, Tagore que volvía de predicar por Europa la colaboración de las dos culturas, oriental y occidental, en la realización del espíritu, se negó a adherir al movimiento de no-cooperación que provocaba el Gandhi para libertar a la India del yugo inglés.

Tagore, maestro de amor, taumaturgo de la paz, es la figura más bella de nuestro siglo: pasa por los pueblos más apartados del globo como una nueva voz reveladora. «Para el que sabe amarlo el mundo se quita de encima su careta de infinito: se hace pequeño como una canción, como un beso de lo eterno». Calcutta, Londres, Estocolmo, Nueva York, Buenos Aires, Berlín, Tokio, han sentido la augusta serenidad de su palabra, bajar como una paloma evangélica en el crepúsculo de su civilización de vértigo, incapaz de las preñeces inefables de las madres de los Cristos».

¿TAGORE, POETA DE LA INDIA?

Cada civilización tiene algo que la diferencia, dice un crítico. La India es grandiosa; el Egipto, misterioso y simbólico; la Arabia, salvaje y enérgica. Mas la India no es eso sólo: la India lo es todo; renovadora perennal del espíritu, madre de todas las religiones, cuna de todas las civilizaciones, levadura inagotable de todos los entusiasmos generosos. Al lado del fervor exuberante, del maravilloso excesivo en que se derrama la fantasía de sus enormes epopeyas, erige Kalidasa la dulzura frágil, la ternura lánguida de Sakuntala. ¿Cuál es la tradición literaria de la India? ¿La representa Tagore? ¿O su arte se ha desnaturalizado por influencia de la educación europea del poeta? No creemos esto último: la poesía de Tagore no tiene precursores europeos. Para explicarla nos es preciso aceptar con Emerson, que la sociedad humana culmina en tres espíritus representativos: el que piensa, el que obra, el que canta, y ensanchando el concepto de sociedad basta confundirlo con la especie humana, afirmar que Tagore es el Cristo que canta.

Tagore está por sobre las nacionalidades, por sobre las razas, por sobre las zonas: es universal como todo lo que es místicamente profundo. Su poesía

conmueve a europeos y asiáticos, a amarillos y blancos, a tropicales y sub-tropicales. Llegó cuando el planeta entero se consumía en sed de misticismo a hablarnos de un Dios «que oye las palabras bellas».

* * *

No buscamos en la poesía de Tagore el color local, el sentimiento del paisaje, la modalidad psíquica que nos revelen *el poeta de la India*, porque esta expresión nada significa en un país que es un compendio de todas las razas, un microcosmos: buscamos la proyección de su excelso mental en sus emociones: al escuchar el matinal alboroto de sus arroyos melódicos, nos deleitamos en prefigurar la montaña serena y azul de dónde proceden. El filósofo, por un razonamiento lento, alcanza las supremas realidades. El poeta, el gran poeta, de un ímpetu apasionado, se coloca en el mismo plano que aquél. En plano en que viven los espíritus extraordinarios, eso es lo que más nos interesa. Tratándose, del poeta, no nos detenemos a inquirir con qué recursos expresa su talento, como hace su obra. Nos apasiona, nos subyuga: no lo analizamos, lo amamos. En el caso de Tagore, nos repugna llamarlo *genio*: reconociéndole fríamente la más vasta capacidad intelectual, parece que lo empequeñeciéramos, que le quitáramos alma, que aquella palabra humillase al sentido sentimental que en él exalzamos. Lo llamaríamos más bien el Maestro o mejor el *Iluminado*. *El Iluminado*: el que logró por la fuerza de su inspiración permanente la luz esplendorosa que de otro modo alcanzaron Platón y Plotino.

TAGORE, VOZ NUEVA EN LA INDIA

«Es el primero de nuestros santos que nos ha hablado de la vida: por eso le hemos dado nuestro amor», dice un coterráneo suyo.

En «El Asceta», Tagore nos revela su actitud ante la vida. Una muchacha hermosa y delicada, una de esas frágiles y tiernas figuras de mujer, como sólo las hay en el teatro Indio, como esa Sakantala que maravilló a Goethe y a Paul de Saint-Victor, la dulce Vasanti a quien la sociedad repudia, haciéndola culpable de la impureza de su padre, pide protección a un «Sanyasi» que también la rechaza, temeroso de que las tentaciones trastornen la serenidad de su espíritu concentrado y le hagan perder el camino de la Verdad. Este «sanyasi» simboliza el asceta tradicional: la joven repudiada, los placeres de los sentidos. Vasanti, roto su corazón, se marcha para siempre; pero el asceta, comprende que una fuerza nueva, le entrega el mundo en luminosa vibración, y le dilata el alma de modo que siente cantar dentro de ella las fuentes, los árboles, las brisas, los pájaros. Entonces abandona su refiro y sus reflexiones para buscar a Vasanti, inútilmente, y exclama:

«De hoy más, buscaré lo infinito en lo limitado, porque sólo el amor puede conducir a la Verdad».

Divina sencillez de fin del poema. Una mujer que se va para siempre, que

nadie encontrará nunca; pero que ha despertado un espíritu al amor: un peregrino que al buscarla, pisa más blandamente la yerba de los prados y mira con más ternura las criaturas del Universo, que le hablan de su amor. (Vasanti, la amada fugitiva e imposible ¿no es también la belleza?).

El Amor, he ahí todo para el poeta de semblante nazareno y ojos abismados. La razón sólo no lo conducirá a la verdad: el amor infinito le alumbrará la noche del misterio. El ascetismo es negativo, es renunciación, alejamiento de la vida. El ideal es fluir, fluir en la corriente musical del Universo. Fluir con pureza de corazón, sin mutilar la existencia, sin renunciar a los sentidos. Demás está decir que esta actitud no envuelve el abandono de nuestro cuerpo a todos los impulsos y apetitos. El mismo amor, sentido como conpenetración en el alma universal, alzará espontáneamente limitaciones a los placeres de los sentidos.

Oigamos a Tagore en «Gitonjali», su obra maestra:

«La libertad no está para mí en la renunciación. Yo siento su abrazo en infinitos lazos deleitables.

Siempre estás, tú escanciándome, llenándome este vaso de barro, hasta arriba con el fresco brebaje de tu vino multicolor, de mil aromas.

Mi mano encenderá sus cien distintas lámparas en tu fuego, y las pondrá ante el altar de tu Templo.

Nó, nunca cerraré las puertas de mis sentidos. Los deleites de mi vista, de mi oído y mi tacto soportarán tu deleite.

Todas mis ilusiones, arderán en fiesta de alegría, y todos mis deseos madurarán en frutos de amor».

Un santo humano, un pagano puro hasta la santidad. Tagore nos habla de una nueva pureza bien distinta del ascetismo, de una pureza que consiste en sentir, en una transparente serenidad íntima, la dignidad de todas las cosas naturales: que la llama del espíritu arda en la lámpara de nuestros sentidos; pero que no se encienda la lámpara si no para dar una luz pura.

EL SENTIMIENTO DEL POETA

Una infinita nostalgia, embarga el espíritu de Tagore. Nostalgia ¿de qué? Nostalgia significa etimológicamente «dolor del regreso», «dolor de anhelar el regreso». Regreso ¿hacia dónde? Platón lo sabía. Pensar es recordar, tener el alma conciencia de su origen divino, de otro mundo, de otra realidad más alta que la percibida sensorialmente. Plotino, en el éxtasis, regresa a la sustancia divina de donde emanó su ser. Dentro de su sistema, dice Faguett, «el mundo es un Dios en el destierro con la nostalgia de sí mismo».

Esta es la nostalgia, de Tagore. En tal regreso, el corazón va de sorpresa, en sorpresa. Detrás de cada follaje susurrante, de cada flor, de cada manantial, hay una voz vaga y misteriosa que nos trae un mensaje de Dios. Leed este poema del «Jardinero».

«Inquieto estoy y sediento de cosas lejanas, y el alma se me abre en un anhelo de llegar al fin de las remotas vaguedades. Y tu flauta me llama, pene-

frante, ¡oh más allá sin nombre! y yo me olvido de que estoy sin alas, preso en esta cárcel para siempre.

Ando ansioso y desvelado; como un extranjero soy, en tierra dura. Tu aliento me llega, susurrando, en una lengua que mi corazón entiende como suya, una esperanza imposible. Y tu flauta me llama, penetrante, ¡oh secreto lejano!, y yo me olvido de que no sé la senda, de que el alado corcel no está conmigo.

Desganado voy, peregrinando por mi propio corazón. En la niebla soleada de las horas lánguidas, ¡qué inmensa visión de ti se alza en el azul del cielo! Y tu flauta me llama, penetrante ¡oh último fin!, y yo me olvido que esta casa en que vivo sólo tiene cerradas todas las puertas».

Pero el poeta, que vibra de mil maneras y sufre con su pequeñez y con el dolor de los hombres alcanza finalmente la alegría «ese arenal de gozo, hermano sólo del mar del Paraíso». «Estad siempre alegres» recomendaba San Pablo. La perfección vence al dolor, y es alegría suprema, alegría buena, alegría santa.

Nostalgia de la divinidad y alegría de vivir son los sentimientos que dominan la lírica de Tagore, sentimientos algo opuestos, que en su impresión contrasta, arrancan inagotablemente una trémula y luminosa sinfonía.

TAGORE, POETA EMERSONIANO

«El hombre, según Emerson, no es más que la mitad de sí mismo: su otra mitad es la expresión. ¿Qué diremos del Poeta? El poeta vive para expresarse, para expresar la Naturaleza, el Universo, la divinidad. Está siempre inspirado, vibrante, afinado, tendida la oreja, con curiosidad de amor, a la voz imperceptible de las cosas. No es poeta aquel que de vez en cuando siente el aguijón lírico, el «estro» que afiebra y arrebat. El Poeta, el Elegido es siempre poeta. De los occidentales Verhaeren, se acerca como pocos a este tipo ideal. Ningún cantor de la tierra lo ha realizado como Rabindranath Tagore. No lo podríamos imaginar, sino, en armonía ininterrumpida con la música de cuanto existe. Todas las estaciones, los mundos, las alegrías, los dolores, resuenan en su alma abierta, profunda y así sube y se repite siempre nuevo, como las brisas perfumadas de la Primavera, las tormentas del Invierno y los mágicos ocasos estivales. Siempre «lo obseden palabras vagas que quieren expresarse en música». Dice a Dios: «Sé que tú te complaces en mi canto, que sólo vengo a ti como cantor. Y con el fleco del ala inmensamente abierta de mi canto, toco tus pies, que nunca pude creer que alcanzaría».

Hay en su alma tan viva urgencia de expresión musical, tal afluir constantes de ritmos vigorosos, de ecos dorados o azules de cielos y bosques rumoreantes, que con una fe vehemente en sí mismo, se reconoce el cantor de Dios, como Cristo se sabía su hijo identificado con lo infinito y consciente de su misión ineludible.

«¿Qué divina bebida quieres tú, Dios mío, de esta rebosante copa de mi vida?

Poeta mío, ¿te encanta ver la creación con mis ojos; oír, silencioso, en el umbral de mis oídos, tu propia armonía eterna?

Tu mundo teje palabras en mi pensamiento y tu alegría las hace más melodiosas.

Té me das, enamorado, y luego sientes toda tu propia dulzura en mí.»

Y luego, dominado por la pasión lírica, quemado en el fuego de su canto, fatigado de su propia melodía, le pide a su señor una tregua:

«Si se ha acabado el día, si el viento rendido languidece, cúbreme bien con el manto de la sombra, como has cubierto a la Tierra con el sueño, como has cerrado tiernamente las hojas del loto desfallecido en el crepúsculo.»

LA EVOLUCION ESPIRITUAL

De la milenaria aristocracia India, de la casta suprema de los brahmanes que por la soledad en plena naturaleza, la sobriedad de costumbres, la meditación y la fe en los más altos destinos humanos, se ha ido depurando siglo a siglo y afinándose de generación en generación, Tagore debió sentir muy joven la vocación por la poesía, que la tendencia hereditaria y el ambiente de su familia de intelectuales, la identificaron con el sacerdocio y el magisterio.

Se retira durante dos años en la soledad más completa, a oír inmóvil sobre un bote entre el rumor de las aguas fluviales y los pastos silvestres, la voz de la Naturaleza: quiere que sus mil susurros misteriosos se prolonguen musicalmente en sus venas remansadas: quiere escuchar el suspiro del loto al entreabrirse, las confidencias de las auras al besar las hojas; quiere que su corazón palpite con el ritmo poderoso de la Tierra. Y calla en un silencio preñado de armonía, en un amoroso escuchar inefable. Su espíritu contemplativo no ha menester más.

Cuando surta la palabra, parecerá que viene henchida de las mil fragancias de los bosques, del vuelo luminoso de los pájaros, del júbilo matinal de las fontanas, del calor de la tierra madura por la primavera. Sin embargo, la esencia ideológica de esta poesía no se concentrará en un panteísmo naturalista, porque Tagore ama demasiado, es demasiado poeta, demasiado imaginativo, demasiado humano para no sentir como algo tangible dentro de la danza policroma de sus ilusiones, la realidad de Dios, ese Dios suyo, cercano, visible, que oye las palabras bellas.

«¿Qué bella es tu pulcera encendida de estrellas, incrustada mágicamente con joyas de mil colores; pero cuánto más bella es tu espada con su curva de relámpago, como el ala abierta del pájaro divino de Vioanu cuando se tiende tranquilo en la irritada luz roja del ocaso.

Se estremece como la última respuesta solitaria de la vida extática de dolor, al golpe decisivo de la Muerte. Brilla igual que la pura llama de la vida, cuando abrasa la impureza diaria en su destello furibundo.

¡Qué bella es tu pulsera encendida de estrellas! Pero tu espada, Señor del trueno, está forjada con belleza definitiva ¡y es terrible a los ojos y al pensamiento!

Esta primera etapa de Tagore se continúa en la delicada pasión amorosa de su juventud que llena las páginas exquisitamente frescas de su libro. «El Jardiner». La amada parece que viniera a recibir de labios del poeta la adoración muda de las cosas, de tal modo hincha el canto aquel ritmo juvenil que pleni-ficó su corazón entregado al amor contemplativo de la Naturaleza. Tan vaga, tan aérea, tan pura es esta poesía que no se creería voz humana, sino un soplo del viento luminoso sobre las rosas entreabiertas.

La segunda etapa de Tagore, la llena el amor de los niños. Es como el «sinite párvulos» de nuestro Evangelio, Tagore, alma de niño encuentra acentos de una ternura insuperable, para cantar al niño tierno y precoz de su «Luna Nueva», el moderno evangelio de las madres, la mayor maravilla que el senti-miento humano haya exigido al corazón de los niños, y que se continúa en el «Cartero del Rey» pequeño drama lírico, patético en su sencillez, sublime en su emoción paternal. Allí encontramos a un niño enfermizo, a Amal que anhela conocer la vida, recorrer los caminos del mundo que sólo puede mirar a través de los cristales de su ventana. Amal pide a Sudra, hija de una florista que le traiga flores. Está casi moribunda y espera, ingenuo, una carta del Rey. Cuando Sudra vuelve con las flores, Amal ha muerto. ¡Que suavemente lastimero este poema! En él alcanza Tagore la plenitud de su ternura y de su sencillez.

¿Hay en él un símbolo? En Rabindranath todo es símbolo sin esfuerzo, sin intención de crearlo: Todo lo minúsculo es una copia del Todo, como en el sistema de Platón, las cosas pensadas son copias de las ideas tipos. Si trae jugue-tes al niño, amplifica esta visión sintiéndose a su vez como otro niño a quien Dios colma con el regalo de las cosas bellas de la Naturaleza. Cuando besa la cara del hijo comprende porqué Dios acaricia la frente del padre con las brisas del verano. Y he aquí de nuevo la eficacia del amor, para comprenderlo todo: el amor como fuente de conocimiento, como criterio supremo de verdad.

La escuela de Shanti-niketan concreta prácticamente esta pasión por la infancia. Es la escuela de la pobreza, de la sencillez y la espontaneidad. A veces nos recuerda la de Tolstoy en Janaía Poliana. República escolar, oración silen-ciosa en los crepúsculos bajo los árboles, conversaciones espirituales, canto y sobre todo amor a la Naturaleza, formar en síntesis, este ambiente de recogimien-to lejos de la ciudad. Las lecciones se dan al aire libre: un niño, advierte en medio de una clase de Ciencias, que un pájaro canta gozosamente sobre sus cabezas en una rama; y la lección se suspende hasta que concluye aquel canto.

En Shanti-niketan escribió Tagore el «Gintajali» su obra predilecta.

Los niños acrecentaron el mundo de su corazón, pero Tagore sintió que una voz interior nueva le llamaba a más amplias realizaciones espirituales. Sintió que su misión no había terminado, después de haber dado su alma a la Naturaleza y a los niños, acarició un ideal más vasto, más social, más humanitario: acercar el corazón de los pueblos, unificar los anhelos humanos, en una sola aspiración de amor al prójimo, trabajar porque las dos culturas—oriental y occidental—colabo-ren en armonía por la perfección del hombre, por el triunfo del espíritu sobre la fuerza bruta, sobre la conquista material, sobre las vanas riquezas. Y hélo aquí

peregrino por todas las rutas de la Tierra, apaciguando corazones con su aspecto venerable de santo y su palabra trémula de ternura.

TAGORE, MAESTRO DE IDEALISMO

«Yo estoy con los que muerden el polvo de todas las derrotas», ha dicho Tagore en la Cosecha de la Fruta. Hoy el propio Tagore es un derrotado en su patria. Después de su desacuerdo con el Gandhi, el agitador místico que talvez sin quererlo llevó a su pueblo a proceder por medio de la violencia contra el extranjero, predicando el desprecio de todo lo europeo, Tagore explicó ante una enorme multitud sus ideas de concordia y amor. Romain Rolland cuenta que esta conferencia fué glacialmente recibida y algunos exaltados rompieron en silbidos de protesta.

¿Tagore derrotado?. Nó, el ideal nunca es vencido. El presente envuelve a veces entre nieblas el curso avasallador de los procesos espirituales. En ocasiones en que nos invade el desaliento, nos engañamos creyendo como Lucrecio que «todas las cosas están hechas por manera de batalla», que todo, al fin de cuentas se reduce a lucha encarnizada, que hay que agitar las garras, apercebidos a responder el zarpazo felón e inevitable.

Pero si, en último término, ésta es la realidad, los sacerdotes, los poetas, los educadores aparten de ella los ojos, para ponerlos, aunque doloridos, en el Ideal, como algunos santos resistían la luz punzante y terrible, a cambio de mirar en el sol la cara de Dios.

FÉLIX ARMANDO NUÑEZ.

Un Juez Rural-Pedro Prado



ADA nueva obra de Pedro Prado va destacando su figura con líneas más precisas, ya añadiendo aquí o allá algún retoque, o ya dando un trazo definido a contornos que antes aparecían en esbozo. Dentro del no muy vasto mundo de nuestros artistas, el autor de «Un Juez Rural» constituye un caso verdaderamente singular: aparece como por generación espontánea. No tiene entre nosotros antecesores literarios; y muestra con los escritores actuales diferencias suficientemente marcadas. Sería una tarea interesante para un amigo de Taine, establecer de qué modo la raza y el medio social han podido influir en la formación del espíritu de Prado; y cómo un medio ambiente infestado de políticos y boxeadores puede engendrar artistas. Curioso sería, por ejemplo, encontrar alguna relación entre la naturaleza aventurera y errante de nuestra raza y la obsesión que domina al espíritu de Prado por un viajar sin término. En efecto, «Los Diez» concluye con el viaje de una barca que vuela hacia el infinito; «Alsino» es un viajador por excelencia; «Rapa-Nui» es la historia de un viaje a una región que tiene el atractivo de lo exótico y desconocido; en «La Casa Abandonada» se canta a los caminos; «Los Pájaros Errantes» abren la serie de sus poemas admirables con el espectáculo del viajar de los pájaros que forman «un arco sonoro de uno a otro horizonte»; y finalmente, en la obra que motiva estos comentarios, la descripción de viajes ocupa un lugar no despreciable; y el inimitable Solaguren siente congojas sutiles por el deseo de viajar. Por otra parte, Alsino Solaguren, y el Hermano Errante de «Los Diez» no son, acaso, vagabundos impenitentes. ¿Y la forma como Prado desarrolla su obra en «Los Diez», en «Alsino» y en este mismo «Juez Rural» no dan también algo así como la idea de un elevado vagabundaje espiritual a través del vario espectáculo del mundo? Pero, en fin, el plantear estas y otras cuestiones no menos interesante que suscita la labor artística de Pedro Prado, no es, precisamente, el objeto de este artículo.

* * *

La expresión juez rural evoca, no sé por qué, la imagen de un hombre bondadoso, sencillo, falto, acaso, de luces pero recto de intención. Tal imagen

no viene, sin duda, de la observación de nuestros jueces rurales que, la mayor parte de las veces, son individuos torpes que explotan sus cargos en beneficio propio o de sus amigos; y se muestran pródigos en el atropello y en la violencia. Sin embargo, ello es que, aun sin asidero en la realidad, aquella expresión evoca una figura bondadosamente patriarcal, tal vez como resabio de costumbres ya largo tiempo extinguidas.

Esteban Solaguren, en el desempeño augusto de la magistratura judicial, dejó claramente señaladas las huellas de su inconfundible personalidad. Llegó a su cargo con el deseo de derramar dulzura sobre la vida triste y miserable de los pobladores de su territorio jurisdiccional. Su bondad sólo temía el escollo de su ignorancia de las leyes. Más tarde, en su renuncia, es posible ver que no fué su ignorancia en las leyes la que le privó de ejercitar su benevolencia. Los acontecimientos, las circunstancias no le permitieron ser sino la mitad ingrata de un juez; por lo menos así lo cree Solaguren. Pero miradas las cosas desde fuera, el obstáculo no estuvo tanto en lo hecho como en el carácter de Solaguren. Si en vez de dominar en él la agudeza del ingenio y la sutileza del raciocinio, que florecieron en admirables sentencias, hubiera podido ser menos especulativo y más sencillo de espíritu habría encontrado tal vez resquicios por donde filtrar entre los considerandos de sus sentencias los resplandores de la bondad. ¿Por qué no pudo, por ejemplo, poner un poco de bondad en el caso de Urquieta que le costó toda una noche de insomnio? ¿Era, acaso imposible conseguir que el señor Urquieta diera alguna espera a su arrendataria para el pago de los cánones pendientes, o que aceptara, por el momento, una parte del precio, o buscar alguna ayuda para que esa pobre mujer pudiera ir pagando su deuda? Nada de esto buscó Solaguren; en cambio se sumergió en los más complicados laberintos del razonamiento: examinó las ideas de Xenofonte, las ventajas del método socrático y llegó a conclusiones, indiscutiblemente interesantes, respecto al valor del raciocinio. Pero ¿en qué quedó el caso que se trataba de fallar? Sería difícil indicarlo porque las consideraciones que se hizo Solaguren llevan a no fallar en sentido alguno.

Otro día condenó a un muchacho por un hurto. Luego vino la madre del culpable a exponerle la triste situación en que la dejaba a ella y a su familia el encarcelamiento de su hijo Joaquín Sagredo. Se halló Solaguren ante un caso que no podía menos que impresionarle: por haber hecho justicia respecto de uno había hecho injusticia con personas que eran inocentes. ¿Qué hacer en esta circunstancia? Renunciar al cargo de juez; y así lo hizo Solaguren, dejando constancia de que se sentía más que todo desesperado porque comprobaba que no podía aislar al individuo culpable y castigarlo a él solamente. El castigo impuesto a Sagredo estaba haciendo sufrir a personas que eran extrañas a su delito. Tal situación hirió la idea de justicia absoluta que tenía Solaguren; pero no hirió sus sentimientos de bondad. Si estos se hubieran sentido afectados habría visto el juez que la renuncia no remediaba la gravedad del mal; y probablemente antes de pensar en ella habría buscado manera de aliviar la desgracia de esa familia. Desde luego la prisión no podía durar más de dos meses, porque se trataba de una falta

¿No era posible procurarle alguna ayuda en trabajo o dinero para esos días? ¿No había alguna persona caritativa y pudiente a quien recomendarle el caso? Alguna de estas cosas pudo haber salvado la situación y haber satisfecho la bondad de Solaguren.

Me parece que está demás insistir en que al hacer estos comentarios no pretendo sostener que Solaguren debió proceder de otro modo. Si hubiera obrado en otra forma, habría dejado de ser Solaguren para convertirse en una persona cualquiera en la que predominara la bondad sobre la inteligencia. No se trata sino de encontrar las características de su temperamento a través de sus actos. Esta investigación lleva al convencimiento de que lo predominante en Solaguren, considerado como juez, era no la bondad y la dulzura, como él lo deseó en aquel día en que paseaba lentamente, por los suburbios y contemplaba los dilatados dominios en que ejercería su misión. Pero ¿es por eso menos interesante o está construída su figura con menor acierto por el autor? De ninguna manera. Solaguren nació así inclinado por temperamento a la especulación intelectual; y colocado en el cargo de juez no ha podido menos que dejar en sus fallos un claro reflejo de su espíritu.

Este carácter predominante de Solaguren pone de manifiesto también todos los demás fallos que han sido conservados por su biógrafo. Así, por ejemplo, absolvió a los vagabundos en homenaje a los pensadores y filósofos que fueron muchas veces un poco vagabundos; y tal vez, secretamente, un algo en homenaje a él mismo que amaba vagar por los campos y los suburbios. En un caso de persecución amorosa, tuvo oportunidad de dictar una de las más ingeniosas resoluciones de su corta carrera judicial. Su intelectualismo encuentra allí ocasión favorable para dejar caer sus ironías y mostrar la ridiculez que hay en toda pasión. «A pesar de la jurisprudencia aquí sentada—dice el texto memorable—lo puede penar por necedad peligrosa porque no es difícil extraer tan mezquino componente de la celebrada mezcla del amor». En efecto, si todas las pasiones en general ofrecen ancho campo para las más variadas ridiculeces, ninguna como el amor puede dar mayores motivos para las más sorprendentes necedades. Sin embargo, no se puede ser muy estricto con ellas porque dependen de la mayor o menor actividad de glándulas de secreción interna, lo que les da, sin duda alguna, un carácter respetable.

Solaguren, conocedor de las flaquezas humanas, pudo ser indulgente en el juzgamiento de la maldad; pero no le era posible soportar la imbecilidad en cualquiera de sus variadas formas. Acabamos de ver como en la mezcla del amor perseguía la necedad; a los litigantes por injurias les castigó primero por estupidez, y luego por empecinamiento, que es una forma de imbecilidad con aspecto de decisión y de energía. En la sentencia del almácigo de cebollas supo perdonar la pillería de los tontos porque le pareció un rasgo de inteligencia y reprobó la tontería de los pillos. Pero si Solaguren alcanzó efectos indiscutibles para el prestigio de la justicia cada vez que usó de su clara y penetrante inteligencia, cuando se decidió a usar de la benevolencia causó estragos considerables, debidos a la acumulación de mucha bondad en un solo fallo. Tal

ocurrió aquel día en que Galíndez le impresionó con la enumeración de los perjuicios económicos que le había traído su sistema de administrar justicia, el cual, por otra parte, contaba con toda su aprobación. Hízole ver Galíndez que aunque admirador de su sabiduría, de su sencillez y de su bondad, no podía menos de llamarle respetuosamente la atención hacia la creciente merma de sus emolumentos. El caso, en realidad, era grave y reclamaba una resolución inmediata. La bondad de Solaguren estalló entonces en un decreto que en breves líneas atropelló todas las leyes y los más elementales principios de equidad. Este decreto creó una multa de cinco pesos, a beneficio del secretario, para castigar a todos los litigantes que hubieren desistido de sus gestiones o abandonado sus causas. De este modo, sencillo y espléndido, el torrente de la bondad despeñándose fraternalmente hacia Galíndez violó la Constitución, la legislación civil, penal y procesal, la Ley de Organización de Tribunales y las garantías conseguidas a costa de innumerables trabajos por la Revolución Francesa, y que aseguran a los ciudadanos que no podrán ser penados por actos que no hayan tenido el carácter de delitos en el momento en que se ejecutaron. Sin duda alguna, son estas demasiadas violaciones para un tribunal unipersonal. Pero Solaguren, empujado por un movimiento espontáneo de su bondad, no tuvo tiempo para reflexionar acerca de las consecuencias de su resolución; por otra parte, es frecuente que los actos mejor inspirados tengan consecuencias inesperadas y desagradables.

* * *

Prado nos presenta a Solaguren no sólo en el desempeño de sus funciones de juez, en las que adquirió merecida fama, sino también en otros aspectos de su vida llenos de especial interés. Esteban Solaguren poseía, en verdad, un carácter que daba a todos sus actos el colorido atrayente de la originalidad. En general, puede decirse que era un hombre retraído y silencioso, como todo aquel que anda escuchando el íntimo dialogar de sus pensamientos. Por eso tenía a veces el ánimo distraído y como absorto; llegaba a su casa con un aspecto de sonámbulo y contestaba a su mujer con monosílabos. Sus nervios en continua tensión enviaban a su espíritu las sensaciones agrandadas, como sonidos a través de un micrófono. La manía de pensar inquietaba su alma. Pero, no obstante sus preocupaciones mostraba a veces la alegría y la sencillez de un niño; y en otras era su carácter festivo lleno de una fina ironía.

Como natural consecuencia de la complejidad de su espíritu, experimentaba Solaguren la sensación de la soledad y el aislamiento. Entre los que le rodeaban no eran, por cierto, muchos los que podían llamarse sus semejantes por el espíritu. Sólo Mozarena sabía libertarle de esta soledad. Recluido en un pueblecillo abandonado a donde fuera en busca de salud para su hijo Juan añadió a su propia soledad la del villorrio desierto. No tardó en producirse una crisis. Corrió, entonces, a Santiago con el vago pretexto de un negocio. Buscó febrilmente a Mozarena; y ambos se sumergieron en el bullicio de la ciudad. Pero no tardaron

en convencerse de que no era cosa tan fácil como parecía acallar el rumor del espíritu. Solaguren estaba tético. Mientras trepaban por los senderos del Santa Lucía, en demanda del restaurant, y a la vista de las parejas que se apretujaban en los bancos sombríos, rodó la conversación sobre el amor.—«Estos no se aburren», dijo Mozarena, señalando a los enamorados. «Quién sabe!» repondió Solaguren, que no podía imaginarse talvez que aquellos pobres seres hallaran una honda satisfacción en el contacto de las mucosas bucales, obtenido en el breve estremecimiento de un beso. Y el juez que había encontrado ya la necesidad en la celebrada mezcla del amor, al fallar el caso de la señorita Luzmira, añadió con razón: «Cuando estoy solo y con el ánimo turbio y veo estas escenas tontas me siento aun más oprimido».—En el restaurant, los ánimos no conseguían alegrarse, liberándose del peso de sus preocupaciones. Fué necesaria la intervención de la Viuda Cliquot; y sólo después de haber bebido largamente el champagne comenzó a florecer el optimismo.—«Que estúpida importancia—decía Solaguren—damos a nuestras sensaciones. Las queremos ligar a la intuición del más allá, a la nostalgia por un bien perdido, a que se yo... y bebes, y todo aquello vira: y comes langosta, sobreviene un nuevo cambio; ingieres estas perdices descompuestas, y el escenario da una vuelta definitiva!...» —«Si hombre, respondió Mozarena. Tienes razón. También yo... la enfermedad de mi chiquillo; mi situación económica; esa casa maldita en que vivo... Ahora, es cierto, todo parece distinto... Pero... ¿mañana?—¿Mañana? No te enturbies el ánimo repuso Solaguren.—Ni desprecies el hoy por el mañana. No te acostumbres a vivir por adelantado. Si te encuentras en la hora de hoy y señalas la hora de mañana, eres un mal reloj que induce a error».

Aprovechando esta excelente disposición de ánimo, Mozarena invitó a Solaguren a cierta casa de los alrededores. Pero si Solaguren bajo la influencia combinada de la langosta, las perdices y el champagne, había cambiado o modificado algunas de sus ideas, lo fundamental que había en él, el odio a la estupidez, permanecía libre de toda influencia gastro-intestinal. Con muy sabias observaciones, criticó a estas mujeres que, dedicándose a lo que se llama vida alegre, no saben alegrar a ninguna persona que esté en su sano juicio, debido sin duda alguna a falta de preparación técnica suficiente.—«Mira, concluyó, son tan estúpidas!... La noche está agradable. No vayamos. ¿Quieres?»—Y ambos amigos siguieron Alameda abajo y concluyeron esa noche alegre, dirvirtiéndose a costa de un sujeto ridículo que hallaron en su camino y a quien hicieron pasar un susto considerable. Luego después se internaron por callejuelas silenciosas, de regreso a sus casas. A medida que se aproximaban a ellas, retardaba Solaguren el paso temeroso del silencio y de la soledad que le acechaban entre las sombras. Sería, sin duda, demasiado largo considerar los numerosos aspectos del temperamento de Solaguren que van quedando aquí y allá dispersos en la obra ya en una actitud, ya en la expresión de que se vale para comentar un suceso, ya en la leve sonrisa con que subraya un comentario.

Pedro Prado marca con «El Juez Rural» un paso más en el camino de una creciente perfección. Podrá observarse, tal vez, que esta obra carece de un argumento que le sirva de nudo central. Pero es evidente que Prado no ha tenido la intención de escribir una novela de intriga para mantener despierta la atención del lector con el desarrollo de peripecias emocionantes. Ha querido, sencillamente, describirnos la vida de un hombre. Y la vida humana carece de todo argumento; está formada por sucesos la mayor parte de las veces inesperados e inconexos y frente a los cuales reacciona cada individuo según su temperamento. Esteban Solaguren posee un carácter preciso y concreto que le vemos mantener en las diversas situaciones en que se encuentra. La narración que va caprichosamente de un punto a otro da la impresión de que el autor no quiere someter a su personaje a un encadenamiento lógico de sucesos, sino que se esfuerza por dejarle en libertad y se pone a seguirle a través de sus hechos, tal como éstos se van presentando. Podría decirse que este libro es casi un diario íntimo de Esteban Solaguren, quien se complace en irnos relatando, sin orden preciso, los más interesantes capítulos de su vida.

Prado ha sabido dar a su obra el tono de la más exacta realidad. Nada hay que haga dudar de que Solaguren existió alguna vez; y no creo exagerado sostener que «El Juez Rural» tiene páginas que merecen el calificativo de perfectas. Sus descripciones del suburbio, sus retratos de los querellantes por injurias, y la historia de Calienta la Tierra dan la sensación de las cosas completas y definitivas, que bastan para afianzar en cualquier parte el nombre de un autor. Prado posee un agudo espíritu de observación que da a sus cuadros un realismo alcanzado sin esfuerzos ni exageraciones. Sin duda alguna, como Mozarena, observaba sin ánimo de observar, casi involuntariamente. Tal vez por eso no retiene sino lo esencial y característico sin recargarlo con detalles que destruyen la claridad del dibujo. Sus retratos de las harapientas viejas querellantes por injurias parecen figuras venidas de alguna página de la rica literatura picaresca española, donde se halla el realismo desde antes de que hubiera escritores realistas o naturalistas. Y ¿quien al leer sus descripciones de los caballos flatulentos, de una flacura inverosímil, y de los perros escualidos y estrafalarios no recuerda a otros que vagaban por los caminos de España allá por los siglos diez y seis y diez y siete? Este caballo triste, caído miserablemente en el barro de donde Mozarena, Solaguren y el cochero le sacaron con precauciones, temerosos de que se deshiciera durante la operación tiene, sin duda, la misma sangre que aquel otro que, según cuenta Quevedo, montaba con orgullo el hijo de Aldonza Saturno de Rebollo. Sabida es la aventura que le ocurrió a este caballo «ético y mustio» mientras llevaba sobre la espina dorsal a su amo en un día de carnestolendas. El pobre animal atravezaba la plaza del mercado haciendo reverencias «más de manco que de bien criado». Repentinamente le vinieron incontenibles deseos de comerse un repollo, deseo que puso en ejecución sin mayores vacilaciones. Prodióse una batahola horrible. A los gritos de la ventera comenzaron a llover sobre el culpable zanahorias, garrofales, nabos y otras legumbres. El caballo quiso

entonces castigar a la ventera aplicándole un par de patadas; y al forcejear para llevar a la práctica su proyecto, se desarmó de puro flaco.

Una de las sensaciones en cuya descripción alcanza Prado efectos de mayor importancia son las de fatiga y cansancio corporal. Tiene verdaderos aciertos descriptivos para pintar la laxitud, el anonadamiento y la pereza que inmoviliza los miembros como un narcótico; y goza con el placer hondo de sentir claramente su cuerpo. Tal vez esta misma sensación de abandono y laxitud material produzca en Prado esa marcada preferencia que muestra por la sensación de vuelo en la que el cuerpo se abandona y se deja llevar por el impulso adquirido. Esta sensación aparece en varias de sus obras y figura también en el capítulo Alta Noche de «El Juez Rural». Lo material se afina, así, casi hasta lo inmaterial. El silencio de las casas abandonadas y los cuartos vacíos, frecuentes también en las obras de Prado sugieren sensaciones de reposo y de quietud. Este aspecto sensual de su temperamento tiene, además, otra manifestación en su predilección por las sensaciones olfativas. A cada rato, Solaguren llama la atención hacia «el perfume suave y dulce de la fruta», el grato «perfume del mimbre», el «penetrante aroma de las ramas secas», la «sombra fresca ahita del perfume de la choza», «el olor suave de la paja de trigo quebrada», «el aroma de los Chiliales», «el grato perfume del eucalipto», etc., etc.

El temperamento artístico de Prado está empezando a dar sus mejores frutos. Durante muchos años todavía tendrá el maravilloso privilegio de hacer que su última obra sea la mejor de todas.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

Hombres, Ideas y Libros

José Vasconcelos

Una biblioteca y una sala de banderas de la América latina

El 19 de Abril de este año fué inaugurada en México la Biblioteca y Sala de Banderas de la América Latina.

Fué instituido este departamento teniéndose en vista el fomento del espíritu iberoamericano en la forma que le está señalada por la más pura inspiración cultural y humana.

Las palabras que siguen fueron escritas por Vasconcelos para fijar la significación de esta iniciativa.



TODO el que en México lee, conoce por triste experiencia lo difícil que es encontrar libros que leer. No sólo en los pueblos, en las ciudades el servicio de bibliotecas ha sido casi nulo y sólo ahora comenzamos a gozar las ventajas de la biblioteca moderna que posee libros buenos y útiles, a disposición de toda clase de personas. Ya en la ciudad de México no lee el que no quiere, porque por todos los rumbos se han abierto bibliotecas grandes y pequeñas, en las que el lector encuentra libros de conocimientos generales, de historia, de ciencias, de viajes y de literatura, libros universales de que nos surte el mercado propio y el mercado europeo.

Pero los libros de la América del Sur, que contienen el pensamiento de nuestros hermanos, no nos llegan sino por excepción y no ha habido sitios donde encontrarlos. Las librerías comunmente sólo nos venden lo que se edita en Europa y Estados Unidos. Y resultaba lamentable que a pesar de tanto afán de estrechar relaciones, no nos era dable ni conocer las obras sudamericanas. Para remediar esta dolorosa, por no decir vergonzosa situación, se funda esta biblioteca, que, por lo dicho, responde a una verdadera necesidad nacional. Desde hoy quedan a disposición del público en esta vasta sala más de diez mil volú-

menes de publicaciones, mapas, cuadros, datos y de asuntos iberoamericanos. De hoy en adelante, el que quiera saber lo que es y lo que piensa la América Española, no tendrá más que venir a este salón para servirse de la colección acaso más completa de obras hispano-americanas que existe en el Continente. La más rica sin duda, en obras modernas dedicadas a la biblioteca especialmente por los autores, pues ha bastado el anuncio de su fundación para que de todos los países hermanos nos hayan estado llegando donativos de particulares y de gobiernos, en tal número que del total de volúmenes sólo seis mil ha adquirido el Gobierno en distintos países del Sur y el resto ha sido fruto de colaboración entusiasta y generosa ¡Bello rasgo que demuestra la solidaridad espiritual, imponiéndose a la indiferencia y a la distancia! Grata satisfacción también para todo el que escribe en castellano, saber que aquí, en la antigua capital de México, hay una hermosa sala donde puede dar a conocer sus escritos, a la vez que dejarlos depositados para todas las generaciones, mientras el libro dure. Satisfacción placentera que antes no teníamos los que publicamos libros, porque si es cierto que la antigua Biblioteca Nacional los conserva, en cambio no podemos estar muy seguros de que pronto se ofrecen al público. Tampoco será ya indispensable enviar nuestros libros, para defenderlos del tiempo, a las bibliotecas excelentes y hospitalarias de Wáshington o de Nueva York. Desde ahora los libros de la América Latina tienen hogar propio. Ayudadnos a hacerlo saber a todos nuestros compatriotas continentales, señores Ministros de las Antillas, de Centro y Sud América. Deseamos que se sepa también en España. Hagamos saber por doquiera que en esta sala se acoge todo pensamiento impreso en castellano y se le conserva protegido idealmente por los escudos y las banderas de todas las naciones de la raza. Naturalmente también se guardarán en este recinto los libros y la bandera del Brasil hermano, pues deseamos reunir colecciones de todo cuanto se escriba en la lengua dulce de Portugal. Por eso hemos llamado esta institución Biblioteca y Sala de Banderas de la América Latina. Reunimos el pensamiento de los veintiún pueblos y cada una de las banderas que representan un anhelo racial de libertad y una aspiración común de unidad. También hemos comenzado a reunir mapas y fotografías de ciudades y de paisajes iberoamericanos y aún medallas y objetos típicos de cada región; de suerte que pronto podremos contar con un modesto Museo del Continente. Todo esto se completará con la serie de bustos y retratos de hombres eminentes de la patria común, entre los cuales ya se han mandado hacer los de Bolívar, San Martín, Juárez, Hidalgo, Sucre, Sarmiento, José Asunción Silva, Martí, cuyo retrato nos va a ser enviado por *El Diario de la Marina*, y así, sucesivamente, hasta que nos veamos obligados a ampliar esta casa, esto lo hemos previsto y contamos ya con dependencias interiores para el objeto. La decoración de esta Sala, como ya lo habréis observado, consiste en un hermoso mapa de la América Latina con sus carabelas y sus ciudades, y sus símbolos y sus vientos; mapa que Roberto Montenegro dejará terminado cuando llene el muro con teorías de personajes indígenas y españoles de los que han formado la América Hispánica; héroes

como Cuauhtémoc, Caupolicán y Atahualpa y los constructores españoles; monjes, virreyes y soldados con los libertadores y fundadores de las nacionalidades. En suma, hemos pretendido levantar en este sitio la casa de Iberoamérica. Es toda nuestra, señores, y al decir esto indicamos que por lo mismo pertenece al mundo y a la humanidad entera, como todo lo que es iberoamericano.

JOSÉ VASCONCELOS.

E. M.

Iglesia y Estado.—Roberto Peragallo

Santiago de Chile, Imprenta Cervantes



L señor Peragallo, profesor de Filosofía del Derecho y de Derecho Penal de la Universidad Católica, es ante todo un buen católico y su obra una ardiente defensa de los privilegios de la Iglesia en que milita, defensa encaminada a impedir primordialmente que se vaya a llevar a cabo entre nosotros la separación de la Iglesia del Estado.

Desde el Prólogo, en que el autor dedica su libro a los católicos, campea el propósito combatiente y apologético, y sigue resonando por todas las páginas el llamado a la lucha,

En tales condiciones no puede ser este libro una obra de ciencia, de historia o de derecho. Sopla en ella viento de polémica y a veces de polémica periodística. Por supuesto que contra la instrucción del Estado repite el señor Peragallo los sabidos ataques que forman la inagotable cantilena de la prensa conservadora.

Lo cual no quita que se revele el autor como una persona culta, estudiosa y bien informada. Particularmente son muy interesantes e ilustrativas las noticias que dá sobre la situación de la Iglesia en los diferentes países del mundo occidental.

* * *

Se esfuerza el señor Peragallo en defender el derecho a la propiedad que tiene la Iglesia. ¿Quién se lo puede negar? Es que a él no le bastan para el caso las prescripciones del derecho común; él lo establece como un derecho derivado de Dios y «no sujeto a la versatilidad de las leyes positivas».

Es esta una teoría de las más peregrina. En filosofía del derecho cabe discutir sobre que la propiedad tenga un origen divino o descansa en un supuesto derecho natural, en la ocupación o en el trabajo; pero en la sociedad civil organizada toda propiedad tiene una base legal, que puede consistir en concesiones del Estado, contratos de arrendamientos de servicio, de compra-venta u otros, o en donaciones, herencias o legados. Las formas de la propiedad así basadas son garantidas y también pueden ser modificadas en muchos de sus detalles por el Estado y la ley. Estamos seguros que si examináramos una a una las propiedades de la Iglesia ninguna dejaría de descansar sobre alguna de las bases positivas que hemos apuntado y si así no fuera la propiedad que se nos presentara sin esa condición sería ilegítima, salvo los casos de prescripción.

La teoría del señor Peragallo ofrece todavía a la Iglesia la apreciable ventaja de establecer su inmunidad en cuanto a la obligación de pagar tributos al Estado.

Pero el punto que más interesa al señor Peragallo es la unión de la Iglesia y del Estado, cuya separación condena por todos lados. Sería desde luego una resolución contraria a la conciencia nacional. Solo el dos y medio por ciento de la población chilena, dice, pide la separación. ¿Cómo el dos y medio por ciento cuándo la piden dos o tres de los partidos políticos avanzados que cuentan con el mayor número de ciudadanos en sus filas?

Esta circunstancia debería hacer pensar al señor Peragallo que no cabe fundar muchas ilusiones en la uniformidad de creencias de los chilenos. Además los censos suelen ser levantados con tan poca escrupulosidad. En corroboración voy a referir un episodio que presencié en 1907. Al hacerse el censo de ese año, de quince a veinte miembros de una repartición pública en una importante capital de provincia se anotaron como sin religión en las hojas respectivas. Este hecho debe haber parecido impío e intolerable a la comisión o a algún comisionado porque al terminarse el censo se vió que las hojas vitandas habían sido rehechas y nadie apareció sin religión.

* * *

El señor Peragallo trata de dar a sus lucubraciones una amplia base filosófica y defiende el valor del espíritu, de la moral y de las ideas de Dios, en cuanto a fundamentos del Estado y de la sociedad; pero luego, como todos los católicos o todos los creyentes de una fe positiva determinada, encuentra realizable esos postulados sólo dentro de su propia religión y él confunde religión con catolicismo. Para la solidez de la familia, del Estado y de la propiedad no abría otra base segura que la que le ofrece la religión católica.

Desgraciadamente el señor Peragallo permanece en el *Syllabus*. Condena la ley de matrimonio civil con el mismo encarnizamiento que se pudiera gastar si hubiera sido dictada ayer, la condena como un atentado contra las doctrinas católicas y las hace injustamente responsable de la desorganización de la familia chilena. Aunque preconiza con ardor la unión de la Iglesia y del Estado lanza el anatema contra los derechos del regalismo, o sean los de patronato y *exequatur*, que considera meros abusos de los gobiernos, en lo que por lo demás, se halla de acuerdo con los tratadistas de derecho canónico.

El señor Peragallo estudia en su bien informado libro la situación de los numerosos países que viven en régimen de separación. ¡Cómo se vé ahí el largo camino que han hecho en tantos pueblos la amplitud espiritual y la tolerancia! Vale la pena de meditar en el hecho de que las separaciones sean como un fenómeno social inevitable de nuestro tiempo que ha venido acentuándose sin cesar en los últimos cincuenta años.

Entre las disposiciones legislativas sobre la materia merecen citarse por su equidad las que rigen en el Brasil. Se hallan contenidas en un decreto-ley de 7 de Enero de 1890, transcrito por el señor Peragallo, y cuyos primeros artículos dicen como sigue:

«Art. 1.º Queda prohibida a la Autoridad Federal y a la de los Estados Federales expedir, leyes o reglamentos o realizar actos administrativos que tiendan a

establecer o a prohibir una religión determinada, establecer diferencias entre los habitantes del país o en los servicios sostenidos por el presupuesto, por motivos de creencias u opiniones religiosas o filosóficas.

Art. 2.º A todas las creencias religiosas corresponde por igual la facultad de ejercer su culto y regirse según su fe y no serán contrariadas en sus actos privados o públicos.

Art. 3.º La libertad que se establece no es exclusiva de los individuos en sus actos individuales, sino también extensivas a las iglesias, asociaciones, e institutos en que se agruparen, teniendo todos el pleno derecho de constituirse y de vivir colectivamente, según su credo y su disciplina, sin intervención del poder público.

Art. 4.º Queda extinguido el patronato con todas sus instituciones, recursos y prerrogativas.

Art. 5.º A todas las iglesias y creencias religiosas se reconoce personalidad jurídica para adquirir bienes y administrarlos, con las limitaciones de las leyes de manos muertas, manteniéndose a cada una el dominio de su propiedad actual y los edificios de su culto».

* * *

El señor Peragallo se presenta sin embargo, convencido de que lo que se quiere es «arrasar el catolicismo» y que la separación de la Iglesia del Estado no significaría más que un paso para debilitarla previamente. Esta alarma del autor que debemos suponer sincera, nos parece infundada. Querer arrasar el catolicismo sería implantar una política de persecución y nada hay más torpe y contraproducente que las persecuciones. Hacen mártires que redoblan la fuerza espiritual de la causa perseguida. Las iglesias protestantes se hallan entre nosotros separadas del Estado, carecen de privilegios y, en lugar de sufrir menoscabo alguno, van prosperando lentamente.

Nadie le negará al señor Peragallo la importancia fundamental de los valores espirituales, morales y religiosos; pero concebirlos como posibles sólo dentro de una determinada religión equivale a mutilarlos. Después de rota definitivamente la unidad religiosa de Occidente, después que con los progresos de la filosofía y de la ciencia encuentra la inteligencia tan poderosas razones para dudar y no creer, urge evitar que en la vorágine se hunda el espíritu religioso mismo y con él la valorización de lo espiritual, de lo elevado y de lo puro en el alma humana. Para salvarlo hay que buscar las playas de la amplitud, las inspiraciones de las más honda, tolerante y tierna humanidad; hay que dejar al espíritu religioso en libertad de incorporarse a la religión positiva que prefiera..... o a ninguna.

El ideal que reclaman la justicia y la cultura consiste en la convivencia armónica en pie de absoluta igualdad ante el Estado de todas las religiones y de los hombres que no figuren en ninguna confesión determinada.

Gilberto Bosques

La Escuela de Rabindranath Tagore: Shantiniketan

(De *La Antorcha México*)



L Marharshi Devendranath Tagore, padre del poeta, viajaba por una región de campo llano en que merodeaban los bandidos más audaces de la India. Un día reclinó sus fatigas en la sombra de tres árboles hermanos, en cuyas altas ramas culminaba la belleza incomparable del paisaje. Y sintió que aquellos árboles acendraban y elevaban su espíritu más que las meditaciones prolongadas y más que las páginas oceánicas de los Upanishads. Allí plantó su tienda y se entregó a la oración. Una paz perfecta penetraba todas las cosas.

Más tarde, aquel lugar, situado a treinta y tres leguas de Calcuta, fué Shantiniketan—*mansión de paz*. A la sombra de los tres árboles tendidos al infinito se elevó un santuario del bosque, «ashram», donde no había imagen alguna ni se practicaban ritos, porque estaba abierto a todos los creyentes del mundo.

El poeta Rabindranath Tagore quiso aprovechar para fines educativos la poderosa influencia del paisaje en los espíritus; y fundó en Shantiniketan la actual escuela de Bolpur, donde se ensayan interesantes métodos.

En la escuela se dan las clases al aire libre, siguiendo la tradición de la India, donde los antiguos maestros de la sabiduría—que vivían en el bosque—congregaban a sus discípulos en la margen de algún río sagrado, para decirles su verdad, para unirlos a la armonía de la Creación, palpitante en torno de ellos, para moverlos a pensar en los problemas de la Vida y para fortalecerlos en el amor universal.

El pensamiento de Rabindranath Tagore, al fundar esta escuela, ha sido educar en un hogar-santuario, combinando científicamente las formas de desarrollo espiritual del viejo sistema hindú «con los más sanos principios de los métodos modernos».

Según Pearson, el reglamento diario de la escuela es el siguiente: «Se despierta a los muchachos antes de salir el sol, con una de las canciones del poeta, que canta un grupo de ellos. Al momento van a su baño matutino, para el cual utilizan los pozos que hay en los alrededores. Luego tienen quince minutos de retiro para la oración silenciosa, que hacen sentados bajo los árboles o en el campo abierto del alba; y terminada la oración se reúnen y cantan los versos sánscritos que escogió el Marharshi Devendranath Tagore de los Upanishads. Toman luego un pisolabis, y a las siete comienzan las clases, las cuales, como no hay salas para ello, se dan al aire libre o en las galerías de los pabellones, cuando llueve. Se almuerza a las once y media, y en las horas de calor; los muchachos se están en sus cuartos y estudian y discuten sus lecciones, ayudados por los maestros, que

los acompañan por si son necesarios. Para ciento cincuenta alumnos que tiene la escuela hay veinte maestros. Las clases se reanudan a las dos de la tarde y siguen hasta las cuatro y media. Con la fresca unos juegan al fútbol y otros salen de paseo con sus maestros. Al ponerse el sol, vuelven a tener un cuarto de hora de silencio y canto de los versos vespertinos; y algunos muchachos van a la escuela nocturna, fundada para los criados de Shantiniketan y para la gente del campo vecino. Antes de la cena se dedica una hora para cualquier entretenimiento, como por ejemplo, contar cuentos, que los cuentan los maestros, dar conferencias con proyecciones, o bien algo pensado por los propios muchachos. A las nueve suena la campana del retiro, y la mayoría de los muchachos está ya dormida a las nueve y media, menos en las noches de luna, en las cuales los mayores se van de paseo por los bosques vecinos, donde se sientan a cantar.

«La escuela no tiene director; está bajo un comité ejecutivo elegido por los maestros, uno de los cuales se escoge cada año como presidente y lleva la parte administrativa. Para cada asignatura hay un maestro director. Los libros y métodos de enseñanza son discutidos por todos los maestros de una asignatura, pero el director de ella está en libertad de resolver por su cuenta lo que mejor le parezca.

«A los muchachos se les permite, con toda confianza, ocuparse de sus propios asuntos. Tienen su comité para cada sección, y reuniones generales cuando hay que discutir asuntos que afectan a toda la escuela».

La educación que se imparte en esa escuela es verdaderamente integral, como no la abarca la petulante pedagogía de nuestros maestros. Allí se desarrollan cuidadosamente todas las facultades humanas. En cultura física, los muchachos de la escuela de Bolpur han obtenido siempre los primeros premios en los juegos olímpicos interescolares de la región. Viven con el vigor de la naturaleza que los rodea a todas horas. La educación intelectual es completa y práctica: muchos ex-alumnos ocupan puestos prominentes en el seno de instituciones bancarias y comerciales de Europa. Este resultado echa por tierra el error de algunos críticos que creen ver en la escuela de Shantiniketan un plantel donde sólo se cultivan los sentimientos religiosos. Las canciones y los cuentos y las comedias del poeta enseñan a los niños todas las bellezas de la vida; y sus facultades estéticas se desarrollan en círculos de encanto. Viven en un hogar alegre y tranquilo, donde todos son hermanos—los maestros, hermanos mayores—; admiran y aman todas las cosas. Su moral, sin egoísmos mezquinos, es fuerte y clara. Además, se realiza la educación del subconsciente en los niños. Esto es lo más importante, a nuestro juicio, de la inteligente labor pedagógica de los maestros de Bolpur.

En próximo artículo diremos algunas palabras respecto a tan interesante cuestión educativa.

LIBROS NUEVOS

Los libros que a continuación enumeramos han aparecido recientemente, y sus autores han tenido la cortesía de enviarlos a nuestra Revista o a la Universidad.

En el próximo número de «Atenea» publicaremos reseñas críticas acerca de algunos de ellos.

—GUILLERMO SUBERCASEAUX. *Historia de las doctrinas económicas en América y en especial en Chile*. Santiago de Chile; Soc. Imprenta y Lit. Universo; 1924.

—ALEJANDRO VICUÑA. *Por la Justicia y la Paz (Artículos de prensa; 1923-1924)*. Santiago de Chile; Imp. y Lit. «La Ilustración»; 1924.

—ROCESÍN. *La Biblioterapia. Notas humorísticas, sátiras y prosas breves*. Editorial Nascimento; 1924.

—ROBERTO MUNIZAGA AGUIRRE. *La voz ferviente (Poemas)*. Editorial Nascimento; Santiago, Chile.

—JORGE GONZÁLEZ B. *El Poema de las tierras pobres*. Soc. Imp. y Lit. Universo; Santiago.

—DANIEL SAMPER ORTEGA. *En el Cerezo; (Acuarelas literarias de la Sabana de Bogotá)*. Editorial de Cromos; Bogotá; 1924.

—ANGEL M. PAREDES. *Sociología General*. Quito.

—LEOPOLDO LUGONES. *Filosoficula*. Buenos Aires. Editorial Babel.

—NICOLÁS CORONADO. *Desde la platea*. Buenos Aires. Editorial Babel.

—SAMUEL GLUSBERG. *La levita gris*. Buenos Aires. Editorial Babel.

G. TSCHUMI

SANTIAGO—Estado esq. Huérfanos—Casilla 461—Tel. Ingl. 487—Direc tel.: TSCHUMI

ESTABLECIMIENTO ÓPTICO MODERNO

Todo lo concerniente al ramo en artículos de calidad. Instalaciones para trabajar superficies de cristales de cualquier combinación.

Atención esmerada, despacho exacto y rápido

Agencia exclusiva para Chile de **ERNST LEITZ, WETZLAR**

Microscópios y accesorios Microtómicos, Aparatos de proyección, Microproyección y Microfotografía. Gemelos prismáticos. —

Catálogos ilustrativos a disposición

Gran surtido de artículos para Laboratorios en general. Instrumentos de precisión para Ingenieros, Arquitectos y Dibujantes.

TALLER DE COMPOSTURAS

Sección especial para encargos de toda clase de aparatos científicos para la instrucción superior. Precios módicos.

LIBROS NUEVOS Y DE ACTUALIDAD

PEDRO PRADO.— <i>Un Juez Rural</i> , su mejor y más ameno libro...	\$ 6.—
CHIANG LEE.— <i>El Mah-Jong</i> , tratado completo, teórico y práctico de este juego de moda. Tiene también un estudio de adaptación del naipes inglés. Precio.....	4.—
FÉLIX STAHL.— <i>Psiquismo Práctico</i> , la obra más completa y clara sobre psiquismo.....	3.—
CONDESA PACI.— <i>A las mujeres chilenas</i> . Conferencia. Prólogo de don Enrique Molina.....	1.—
DR. ORREGO LUCO.— <i>Notas de viaje</i> . Las más interesantes descripciones de un viaje por Europa, tratado por el gran escritor y observador.....	6.—
SALAS MARCHÁN.— <i>Tendencias actuales de la Educación Norteamericana</i>	12.50
EDUARDO RÖD.— <i>La vida privada de Miguel Tessier</i>	6.50
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.— <i>El sermón de la paz</i>	10.—
JUAN PAPINI.— <i>Historia de Cristo</i>	10.—
JUAN PAPINI.— <i>Hombre fracasado</i>	6.—
ODILÓN MARTÍN.— <i>Formulario magistral de Terapéutica Clínica y de Farmacología</i> . (Nueva edición).....	30.—
<i>Ley de Empleados Particulares</i> . Precio \$ 0.60 o a \$ 40 el ciento	
<i>Album de la Galeria de Pintores del Museo del Prado</i>	115.—
<i>Album del Museo Florencia</i>	115.—
TRILUSSA.— <i>Poesías</i>	4.50

LIBRERÍA NASCIMENTO.—AHUMADA 125.—CASILLA 2298.